

Asociación Cívica General Alvaro Obregón

Oficina:

Av. Juárez No. 95

Desp. 310

Teléfono 5-18-62-78

México, D. F., 15 de marzo de 1972.

PRESIDENTE HONORARIO
LIC. EMILIO PORTES GIL

★

MESA DIRECTIVA
PRESIDENTE
GRAL. Y LIC. AARON SAENZ

★

VICE-PRESIDENTE
GRAL. DE DIV.
AGUSTIN OLACHEA AVILES

★

VICE-PRESIDENTE
FERNANDO TORREBLANCA

★

TESORERO
LICENCIADO
ALFONSO ROMANDIA FERREIRA

★

SECRETARIO
ING. LUIS G. FRANCO

★

PRESIDENTES DE COMISIONES
GRAL. DE DIV. GABRIEL LEYVA VELAZQUEZ
GRAL. DE DIV. ISAAC M. IBARRA
GRAL. DE DIV. D. E. M.
FERNANDO PAMANES ESCOBEDO
GRAL. DE BRIGADA
ARTURO JIMENEZ DE LARA
GRAL. DE BRIG. MANUEL DE J. SOLIS
CORONEL JEBUS VIDALES MARROQUIN
CORONEL ENRIQUE LIEKENS
LIC. ARTURO H. ORCI
DR. BERNARDO J. GASTELUM
MANUEL IRIGOYEN
LIC. MANUEL GONZALEZ RAMIREZ
SALVADOR LUTTEROTH GONZALEZ
LIC. RAFAEL CORRALES AYALA JR.
MAYOR JOSE RODRIGUEZ CERVANTES

★

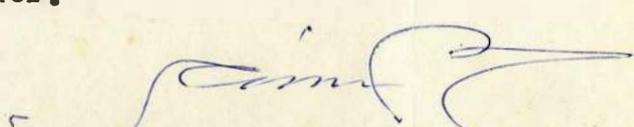
Sr. Fernando Torreblanca.
Guadalajara # 104.
México 7, D. F.

Muy estimado y fino amigo:

Para celebrar el 57 Aniversario de las Batallas del Constitucionalismo, que tuvieron lugar en la ciudad de Celaya, esta Asociación, a través de su Delegación en el Estado de Guanajuato y de acuerdo con las Autoridades Estatales, Municipales y Escolares de esa Entidad, ha organizado una ceremonia conmemorativa que se efectuará a las 12.00 horas del sábado 15 de abril próximo en dicha ciudad.

La Asociación Cívica Gral. Alvaro Obregón, que me honro en presidir, se permite hacer a usted una cordial invitación, para que nos acompañe en ese acto, rogándole tenga la bondad de comunicarnos su aceptación a los teléfonos 521-63-19 ó 521-63-37, con el fin de separarle un lugar en el transporte que se acostumbra poner a disposición de las personas que asisten a ese acto conmemorativo; en la inteligencia de que la salida de esta ciudad está fijada precisamente a las 8.00 A.M., de Balderas No. 36, para regresar aproximadamente a las 20.00 horas.

Agradeciendo de antemano la atención que se sirva dispensar a la presente, me repito como su amigo y servidor.


Gral. y Lic. Aaron Sáenz.
Presidente.

1972 AÑO DE JUAREZ.



1915.

1972.

Para conmemorar dignamente el 57o. Aniversario de las Batallas de Celaya, la Presidencia Municipal y la Asociación Cívica Alvaro Obregón, tienen el gusto de invitar a usted al Acto Cívico que se verificará el día 15 de los corrientes a las 12.00 horas en la Escuela Primaria Urbana Federal "Héroes de Celaya", ubicada en Insurgentes y 20 de Noviembre, de acuerdo con el programa adjunto.

Celaya, Gto., Abril de 1972.

PROGRAMA .

- 1.- *Honores a la Bandera.*
- 2.- *Ofrendas florales y guardias de honor por Autoridades y Asociación Cívica Alvaro Obregón.*
- 3.- *Número musical por la Banda Municipal.*
- 4.- *Discurso oficial a cargo del Sr. Gral. de Div. D. E. M. Com. de la 16a. Zona Militar, Félix Galván López.*
- 5.- *Corrido de la Revolución, por alumnos del Complejo - - Educativo Ignacio Allende, A. C.*
- 6.- *Alocución por el Sr. Carlos Darío Ojeda, Ex-Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y Ex-Diplomático, Representante de la Asociación Cívica - - - Alvaro Obregón.*
- 7.- *Honores a la Bandera,*

Maestro de Ceremonias:

Ue. Cor. D. E. M., Alfonso Maldonado Velasco, Sub-Jefe del Estado Mayor de la 16a. Zona Militar.

1972 AÑO DE JUAREZ.



1915.

1972.

Para conmemorar dignamente el 57o. Aniversario de las Batallas de Celaya, la Presidencia Municipal y la Asociación Cívica Alvaro Obregón, tienen el gusto de invitar a usted al Acto Cívico que se verificará el día 15 de los corrientes a las 12.00 horas en la Escuela Primaria Urbana Federal "Héroes de Celaya", ubicada en Insurgentes y 20 de Noviembre, de acuerdo con el programa adjunto.

Celaya, Sta., Abril de 1972.

5

PROGRAMA .

- 1.- *Honores a la Bandera.*
- 2.- *Ofrendas florales y guardias de honor por Autoridades y Asociación Cívica Alvaro Obregón.*
- 3.- *Número musical por la Banda Municipal.*
- 4.- *Discurso oficial a cargo del Sr. Gral. de Div. D. E. M. Com. de la 16a. Zona Militar, Félix Galván López.*
- 5.- *Corrido de la Revolución, por alumnos del Complejo - - Educativo Ignacio Albeniz, A. C.*
- 6.- *Alocución por el Sr. Carlos Darío Ojeda, Ex-Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores y Ex-Diplomático, Representante de la Asociación Cívica - - - Alvaro Obregón.*
- 7.- *Honores a la Bandera.*

Maestro de Ceremonias:

Ute. Cor. D. E. M., Alfonso Maldonado Velasco, Sub-Jefe del Estado Mayor de la 16a. Zona Militar.

6

Agradezco a la Asociación Cívica "General Alvaro Obregón" el alto honor que me ha conferido de dirigirme en su nombre al pueblo de Celaya, a fin de - hacerle presente sus filiales respetos e invariable lealtad, en este día de grata recordación para la patria y para esta benemérita ciudad tan mexicana. Por la gloriosa significación que para los destinos de México, tuvieron las dos grandes batallas libradas en Celaya, resueltas en triunfo definitivo, contra el desviacionismo reaccionario, el día 15 de abril del año de 1915, por el Ejército Constitucionalista, bajo el mando de su General en Jefe, don Alvaro Obregón. Y le es particularmente satisfactorio enviar ese saludo desde el mismo sitio de los hechos históricos, por conducto de la ciudadanía guanajuatense, porque al Estado Libre y Soberano de Guanajuato le sobra resplandor histórico para darle realce auténtico de significación patriótica, a esta ceremonia que ha organizado en homenaje justificado al invicto caudillo mexicano, considerado como el padre de - nuestra libertad, en este Siglo.

He aceptado gustoso esta cívica misión, porque en este acto no se trata de pronunciar discurso académico o antología literaria alguna. Se trata de dejar - correr el habla sencilla de un hombre común de la Revolución Mexicana, Hombre que, como sus representados, guarda fiel veneración por uno de los más preclaros guías de nuestra nación: El señor General don Alvaro Obregón, quien luchó en grado heróico, por la redención de su pueblo, impulsado por sus dervoro sas convicciones liberales, plenas de solidaridad humana. Patriota que hizo posi ble el régimen constitucional existente y a quien se glorifica porque entregó sin - regateos, por la ventura de los mexicanos: hogar, genio, reposo y vida.

Cultores de tan ilustre memoria se hallan reunidos aquí sus más ilustres representativos, los ameritados y condecorados revolucionarios que integran la Mesa Directiva de dicha agrupación cívica:

Presidente Honorario: Sr. Lic. don Emilio Portes Gil, ex-Presidente de la República.

Presidente: Sr. Gral. y Lic. don Aarón Sáenz.

Vice-Presidente: Sr. Gral. de Div. don Agustín Olachea Avilés.

Vice-Presidente: Sr. don Fernando Torreblanca.

Tesorero; Sr. Lic. don Alfonso Romandía Ferreira.

Secretario; Sr. Ing. don Luis G. Franco.

Presidentes de Comisiones:

Señor General de División don Gabriel Leyva Velázquez.

Señor General de División D.E.M. don Fernando Pámanes Escobedo.

Señor General de Brigada don Arturo Jiménez de Lara.

Señor General de Brigada don Manuel de J. Solís.

Señor Coronel don Jesús Vidales Marroquín.

Señor Coronel don Enrique Liekens.

Señor Lic. don Arturo H. Orcí.

Señor Doctor don Bernardo Gastélum.

Señor don Manuel Irigoyen.

Señor Licenciado don Manuel González Ramírez.

Señor don Salvador Lutterot González.

Señor Mayor don José Rodríguez Cervantes.

Todos ellos son hombres que fueron forjados en las contingencias de la lucha armada de México y tuvieron el enaltecido privilegio de haber combatido bajo el mando del emérito caudillo. Por ello pudieron verse realizados en el triunfo de las armas del pueblo, -hasta entonces marginados de la vida económica

y cultural de México-, triunfo logrado contra los herederos del revisionismo reaccionario de la dictadura porfiriana.

El obregonismo aquí presente con el pueblo, significa la continuidad de la obra espiritual de su Jefe don Alvaro Obregón. Está destinado a preservar los postulados de la Revolución Mexicana, cuyas bases fundamentales son el ejercicio pleno de la democracia política, que es la libertad y el ejercicio de la democracia económica, que es la justicia social. Por la vigencia de estos postulados, el obregonismo pone toda su condición moral y política al servicio irrestricto de la Constitución Política de 1917.

Por tales razones, asistimos, con unción ciudadana, a esta solemne ceremonia en memoria del invicto caudillo de la Revolución Mexicana, que se efectúa precisamente en el sitio en donde el héroe consolidó su épica gloria en el combate efectuado entre las fuerzas de la Revolución Mexicana y los aguerridos contingentes de la muy poderosa División del Norte que, no obstante provenir de nuestra misma estirpe revolucionaria, tomó el camino de la disidencia militar y de desviación política, capitaneada por el con justicia afamado, General Francisco Villa, quien haciendo armas de guerra, desconoció ilegalmente los mandatos del Plan de Guadalupe que estipulaban como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, al Ilustre Varón de Cuatro Ciénegas, don Venustiano Carranza, Gobernador de Coahuila. Esa actitud regresionista, dió origen a esa cruenta y lamentable lucha fratricida que puso en grave peligro la integridad de los ideales de la Revolución Mexicana, que estaban en juego. Esta victoria, que hoy celebramos con las más altas voces de nuestra veneración es, la más valiosa y significativa en nuestros anales patrios, porque ella logró incorporar a México para siempre, a la vida del mundo civilizado, libre y democrático. A la sombra de este inolvidable campo de batalla, el obregonismo

viene nuevamente a velar sus armas contra las asechanzas de los elementos enemigos de la Revolución, y reiteramos ante el prócer desaparecido, nuestro juramento permanente de respetar y hacer respetar nuestra Constitución Política de 1917, en la que el obregonismo fue vital en su formación y destino. Estamos prontos a defenderla contra cualquier desviacionismo o atentado de fuerza que se pretendiera contra México.

Muy lejos estamos de haber llegado a Celaya a practicar ante el Monumento del General Obregón el culto estatuario a la personalidad representativa como lo practicaban los pueblos de la antigüedad. Venimos a rendir homenaje a su noble espíritu, que forjó con luces de excepción, la obra renovadora de México, que realizó con obsesión de apóstol y empeño de soldado. Y como siempre, atraídos por su patriótica dimensión espiritual. No venimos a tomar conciencia política a estas alturas. Estamos aquí para engrandecerla, con el reflejo de lo que lo hizo grande entre los grandes de México. Eso que el sabio Echeler califica como producto de los valores de situación del alma; esos que impulsan sobre cualquiera otra tendencia la misión específica de cada individuo. Valores espirituales que dan a los predestinados ese carácter único que hacen que el hombre se sienta impulsado al desinterés de servir al hombre. Valores que se pudieran también llamar de distinción en la especie, porque permiten distinguir y aceptar como maestros, o jefes, o guías, a los hombres de bien.

Venimos con ello, a sumergir nuestra alma en las aguas lustrales del recuerdo y a saludar con ustedes la jerarquía humana de este auténtico valor nacional y a puntualizar, basados en la historia, el derecho que tiene el desaparecido General Alvaro Obregón, a vivir de pie, no sólo en las estatuas que la gratitud nacional le ha levantado, sino también, a vivir en sitio preferente en el apasionado pensamiento y el noble corazón de las generaciones mexicanas.

10

El obregonismo, -no estorba repetirlo-, es el grupo de mexicanos, extendido en toda la Patria, dedicado a preservar esa gloria y cabe asegurar, públicamente, que no busca en estas reuniones nacionales, conveniencias personales de ningún orden. No viene a hacer sonar sobre las tumbas de los caídos en la lucha, clarines o atabales de reclamo, porque nuestros pasados sueños juveniles fueron, desde entonces, muy largamente recompensados, con el óptimo honor de recibir en custodia, como un tesoro espiritual incalculable, las nobles enseñanzas que nos legara el General Alvaro Obregón y los hombres que hicieron la Revolución, para estar siempre prontos a defender a nuestra patria.

Ya extinta la pasión política, el obregonismo viene a Celaya a tratar de consolidar en la mejor forma la unidad nacional existente. Por eso, con el mayor respeto, llega hasta acá a inclinarse ante las tumbas de todos los valientes mexicanos, de todos los credos y de todos los bandos, que sucumbieron en la lucha que hubo de ser resuelta en la última batalla de Celaya, que hoy recordamos, unidos ante la patria como un sólo hombre. Porque fue de este campo ensangrentado, de donde surgió triunfante la Revolución Mexicana, que ha sido indiscutiblemente, la redentora efectiva del pueblo. Porque de este campo surgió el resplandor de gloria que la ilumina históricamente. Nuestros afanes vienen a remover los fuegos del vivac revolucionario encendido en las noches de guerra de Celaya, porque este fuego será eterno en el tiempo. Pavas inextintas siguen ardiendo en eclosión viviente, en la lámpara votiva que nuestro pueblo mantiene en memoria de su heroico caudillo.

La historia determina que el heroísmo es la capacidad física y moral de enfrentarse a lo inasitado. Sobre esta apreciación filosófica, el prominente científico francés Alexis Carrel dijo, en cierta ocasión, que al género humano lo han llevado a cuevas unos cuantos héroes y que nos hallamos hoy en el mundo

gracias a la entereza con que alguno de nuestros antepasados supo, -en momentos de prueba, - llevar el valor más allá del simple cumplimiento del deber y mostrar sobresaliente pasión o heroica constancia.

La accidentada historia de México comprueba esta doctrina. Nosotros somos ahora libres y vi vimos en una nación independiente, gracias a los esforzados patriotas mexicanos que, en su tiempo, defendieron con excepcional valor y pasión nuestro destino. Heroicos han sido, indiscutiblemente, todos aquellos que han luchado valientemente por servir a México. Pero entre ellos, sólo figuran, con relieve especial, los predestinados que lograron personificar la dimensión exacta de la patria. Ellos son nuestros héroes representativos. La gratitud nacional los mantiene encumbrados ante el pueblo como símbolos permanentes, puesto que su ejemplo subsiste y marca el camino de nuestros pasos ciudadanos. Porque ellos rayaron a la altura que la dignidad nacional exigía para responder al reto en los momentos estelares que hubieron de enfrentar por causa nuestra. Podríamos decir en favor de todos y cada uno de ellos, cosas muy laudatorias y merecidas, pero nos abstenemos por las obvias razones de un tiempo limitado.

Por tener el derecho a ser una nación independiente y soberana, murieron heroicamente Cuitlahuac, Cuauhtémoc, Hidalgo y Morelos, por citar tan sólo a los más destacados de los precursores sagrados y eternos símbolos de nuestra mexicanidad. Y después de ellos, en el horizonte de México surgió la figura del héroe epónimo: don Benito Juárez, el de mayor dimensión entre los héroes nuestros. El liberal de bronce. Luz perpetua de la redención nacional, quien con su resuelta decisión china venció a los enemigos y hasta a la misma adversidad que azotaba a la patria. Juárez es el constructor de nuestra ciudadanía. Es una de las personalidades políticas más representativas y sobresalientes.

tes de nuestra historia, que traspuso fronteras y fue reverenciado. Representa al hombre de las leyes. Sus raíces indígenas trajeron a su alma introvertida, las savias telúricas del México ancestral. Encarnó como nadie, con majestad y prestancia, al dueño de la tierra sojuzgada. Y así, como cuando en las coloniales carrozas de la iglesia era conducida, con profunda devoción, la Custodia sagrada que llevaba el Espíritu del Redentor, así Juárez, envuelto en su polvosa capa y su ritual chistera, llevaba en su negro carruaje de campaña, la ley en lo alto, como el más respetable símbolo humano. Y así, con reciedumbre inflexible, venció en guerra desigual y sin cuartel, a los invasores franceses, rapaces y malvados sin hipérbole, y a los reaccionarios traidores mexicanos, sus cómplices de infamias. Porque el indómito zapoteca logró imponer en el alma del mexicano una fé rotunda en los grandes destinos nacionales. Con esa fe indómita, venció a Maximiliano, el rubio y desgraciado archiduque barbado. Y al fusilarlo, no cometió un crimen proditorio, como dijeron los despechados. Porque en la vindicta pública no fusilaba a un ser humano, fusilaba un concepto totalitario imperialista, que pretendía conquistar a los pueblos de América, con rapiña de audaces y acciones criminales.

Por esa inenarrable y conjunta epopeya, arrancada a la gloria en lucha desigual, este año ha sido consagrado, en justicia, a exaltar el recuerdo inmortal del más grande de todos los mexicanos: el Benemérito de América Benito Juárez. Y es por eso que, guiados por el espíritu de Alvaro Obregón -quien lo tuvo siempre como guía y mentor de la Revolución Mexicana- viene el obregonismo nacional, en nombre de todos los revolucionarios que lo integran, a rendir pleitesía, la más emotiva, al impassible indio estoico -nacido en Guelatao, humilde y oscuro pueblo de la sierra oaxaqueña-, quien fuera recogido, a su muerte, en auroras de luz por nuestra patria, el 18 de julio de 1872, en el Palacio Nacional de Mé-

xico. Muerte que hoy, con doble pesar, recordamos.

La indignación por el proditorio asesinato del Apóstol Madero y del Vice-Presidente Pino Suárez se hizo incontenible y el pueblo se alzó en armas para vengar la afrenta nacional. Esta vez lo encabezaba otro gran mexicano, el resuelto, tozudo y justiciero Venustiano Carranza, quien dió nueva vida a la revolución. Luchó este ínclito varón con incontenible valor semejaba en su acción, un Moisés airado, que llevaba como bandera el Plan de Guadalupe, y lo hizo triunfar y vió realizada su implantación. Su férrea decisión durante la lucha revolucionaria fue irreductible. Esa labor valiente hubiera sido imposible realizarla de no haber contado don Venustiano con la rectitud y el genio militar del General Obregón. Obregón inalterablemente fue fiel a los principios de la Revolución. Nos basta con recordar lo que dijo, en horas de sinceridad extrema, mortalmente herido: "Mutíense los hombres, pero no los principios". Fue fiel al Primer Jefe don Venustiano Carranza, a quien sostuvo con sus triunfos militares. Fiel a la causa del pueblo. Fiel a la grandeza de la nación. Mostró sus convicciones al lograr el triunfo del pueblo. Obregón renunció al rango y al poder que tenía patrióticamente ganados. Regresó a labrar sus tierras de Sonora como un simple agricultor.

Hemos traído a la memoria de los mexicanos estas páginas conocidas de nuestra historia, que por su grandeza son inolvidables. Lo hacemos con el propósito de servir a los intereses permanentes de México, tratando de mover el juicio en las jóvenes conciencias mexicanas. Porque perteneciendo nosotros al grupo de los ciudadanos armados de la Revolución Mexicana, dada la rectitud de nuestras vidas, creemos estar en condiciones de poder establecer crédito moral suficiente en la conciencia pública, para ser escuchados sin prejuicios ni reservas, en nuestra obligación de informar a las nuevas generaciones del país,

acerca del comportamiento noble y heróico de nuestros grandes hombres, basados en los hechos históricos y sus causas, por ser irrefutables.

Intentamos por esta razón presentar a ustedes algo de lo mucho que supo darnos el caudillo de la Revolución triunfante al cumplir con sabiduría y valor supremo, la parte que le asignó el destino para lograr las libertades públicas que hoy disfrutamos en esta patria igualitaria y democrática, que marcha sin estridencias demagógicas, pero resueltamente, a la conquista de una meta suprema: la justicia social. A cuyo alcance viene México, en el cumplimiento de sus principios revolucionarios, avanzando progresivamente por los tramos que las realidades del mundo le hacen posible. México no es una nación inmóvil. Se esfuerza por superarse; lo que es palpable si observamos su ya intensa actividad cotidiana. Busca llegar cuanto antes a su integración total, tomando como base la confianza que le brinda el pueblo mexicano que ha logrado mantener la venturosa paz existente, obtenida por el respeto inalterable que se observa por el derecho ajeno. Para lo que confía en que sigamos unidos, cada quien en su credo, pero en la obediencia a las leyes de convivencia y de justicia que emanan de nuestra Constitución Política de 1917. Para preservar esta auténtica obra patriótica, que a todos nos atañe, porque nos hizo libres, es por lo que el obregonismo está interesado en dialogar ampliamente y en todo momento, con la juventud, pero especialmente con la juventud actual conflictiva. Porque sabemos que en México no hay almas exentas del más elemental sentido de la patria.

Continuando en nuestra acción biográfica, digamos que la importancia que tuvo el General Alvaro Obregón en los destinos de México, -como hemos dicho-, es absoluta. La referida batalla del 15 de abril de 1915 que tuvo lugar aquí en Celaya, está considerada en nuestra historia, por sus notables efectos sociales y económicos, como definitiva para nuestro desarrollo nacional, porque

en ella se dió muerte violenta y para siempre, al intolerable sistema virreinal heredado de la Colonia, que aún estaba en pleno vigor reaccionario bajo la dictadura porfirista.

Fue Obregón el más notable de los generales agraristas surgidos del movimiento emancipador de México. Era hombre que sentía en carne viva los sufrimientos de la gente del campo y se afanaba en resolver su triste situación. Comprendía el justo anhelo de los campesinos de poseer un pedazo de tierra para cultivarla en su propio provecho.

Por haber convivido él con aquellos explotadores feudales de las haciendas, se hizo portavoz calificado de todos los medios que favorecían a los campesinos y a la peonada. Se entusiasmó con la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 y con esa mentalidad fue el primero en dictar, en plena acción, decretos sobre el salario mínimo y la jornada de 8 horas, e influyó en el Congreso Constituyente para que expidiera con todo vigor el Artículo 27 y cuando llegó a la Primera Magistratura del país puso en práctica las Leyes Agrarias. Restituyó la tierra a los pueblos despojados y dotó de parcelas a los campesinos que carecían de tierras de labor. Sus preocupaciones por la Reforma Agraria las tuvo desde Huatabampo, cuando allá fue pequeño agricultor que tenía que entregar la mitad de sus cosechas al dueño de la tierra. Su interés por resolver los problemas obreros le venía de la época en que fue tornero, en el taller mecánico del ingenio de Navolato, donde se dió cuenta de las tremendas injusticias que se cometían a los trabajadores.

En Querétaro triunfaron los diputados de izquierda que se llamaron radicales u obregonistas y que formaron las mayorías sobre las derechas moderadas y carrancistas que integraron un pequeño grupo sin alcance de significación.

A decir de las fuentes transcritas, esa es la verdad histórica expuesta en los debates del Constituyente. La nación reconoce en cambio, en acto justiciero, que la mayor gloria en la realización del Congreso Constituyente corresponde a Carranza, porque él inició y puso en marcha aquella magna asamblea. Don Venustiano Carranza se engrandeció todavía más, porque no obstante que sus ideas no pasaron a formar parte básica de la Constitución, el ilustre prócer se aprestó a promulgarla sin ningún reparo el 5 de febrero de 1917, acatando con ello la voluntad popular, de la que era depositario. Su grandeza de irreductible luchador lo hace perenne en la historia de la patria.

Débase tomar en cuenta, en aquellos difíciles momentos, el espíritu conciliador del General Obregón, cuando se presentaron las insalvables dificultades entre el Primer Jefe Carranza y el Comandante de la División del Norte, General Francisco Villa. Entonces sugirió Obregón al señor Carranza que lanzara un Decreto para establecer la prohibición de que los militares pudiesen figurar como candidatos a puestos de elección popular. Bastaría recordar su discurso del 6 de marzo de 1915 y recordarlo en su radicalismo social. Durante la celebración del Congreso Constituyente en Querétaro la presencia de Obregón en esa histórica ciudad, sirvió de aliento y apoyo a las mayorías radicales que introdujeron en la Carta Magna las reformas de mayor trascendencia: En los Artículos fundamentales 30., 27, 115, 123 y 130. De ahí surgieron la Ley Agraria y la Ley del Trabajo, que han sido los principales baluartes del adelanto social de los campesinos y de los obreros de México. Obregón fomentó con mucho entusiasmo la organización de los trabajadores de la ciudad. En su tiempo prosperaron los sindicatos. Fue además, un decidido impulsor de la educación popular. Constituyó numerosas escuelas y fomentó con empeño la enseñanza rural. El General Alvaro Obregón se preocupó, con exaltado patriotismo durante su vida política, por todos los problemas que afectaban al pueblo mexicano. Cuando el

General Obregón dejó el poder, sin pedir nada se fue a establecer a Cajeme, no obstante la indiscutible jefatura moral que ejercía sobre el pueblo, iniciando como un simple ciudadano las tareas del campo que había abandonado por marchar con el pueblo a la Revolución.

El juez que hoy pudiera llamar a juicio histórico a Alvaro Obregón, no encontraría en él al político gesticulante que declamó promesas disolventes en fuegos de artificio, sino al hombre resuelto y valeroso que demostó con el fuego de los fusiles proletarios las humanas razones del hambre y la justicia impostergables. El asesinato alevoso del General Obregón, perpetrado por clericales del conservatismo nacional, con el fin de acabar con el movimiento vindictivo de la Revolución Mexicana, sumió momentáneamente a la patria, en un estupefacto silencio inesperado, que se fue transformando en reflexión social que pudo precisar con mayor fuerza las notorias carencias del pueblo. Ese silencio se han transformado hoy día en un gran grito de alerta para estar prontos a la defensa de los principios de la Revolución, amenazados ya.

Son los hechos sediciosos y crímenes y secuestros que se vienen repitiendo a lo largo de nuestro país, los que convocan a la ciudadanía a reflexionar sobre las posibilidades de tener que volver a defender con las armas las libertades y los derechos conquistados. Esto, no les quepa duda, se hará disciplinadamente cuando sea menester, aprovechando los caminos de la Ley para extirparlos.

Porque los mexicanos no queremos ser desviados nuevamente para atravesar otra vez por la vida como una legión de desesperados, tascando el freno de gobiernos de enajenados, o de gobiernos dictatoriales, si contamos con esta paz indivisible que agentes extranjeros quieren desbaratar en la República. Somos herederos de un suelo que defender y de una actitud de respeto a todos los pueblos de la tierra. Por lo tanto, exigimos respeto de los poderosos países

totalitarios, ya sean blancos o rojos, que da igual.

El General Obregón está presente en nuestra historia, en unión de Carranza, como la base misma de la Revolución. De ser su brújula que impedirá cualquier desvío. Podría afirmarse ya, por los resultados, que él es la historia misma de la Revolución y del progreso actual de México. He ahí nuestro interés en perpetuarlo.

Fue tan grande la fuerza de su pensamiento humanista en los destinos patrios, que su solo prestigio hizo posible la presencia en la Presidencia de la República de obregonistas tan eminentes como Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil y Lázaro Cárdenas, cuya obra emérita resalta en nuestra historia con rasgos de excepción. Desinterés, patriotismo y resolución, fueron el clima portentoso de esa gran época que la nación jamás olvidará.

He traído al conocimiento de las nuevas generaciones una breve sinopsis de la historia del caudillo humanista Alvaro Obregón, para invitarlos a meditar serenamente sobre los hombres y los sucesos trascendentales del país que les atañe conocer como mexicanos jóvenes que son, para evitarles, si luchan en verdad por el pueblo, caer en revisionismos estériles que los conducirían a conflictos insalvables por ignorar las causas anteriores de los grandes sucesos nacionales. Queremos hacérselos notar, por amor a lo nuestro. Porque para nosotros no hay nada más noble que la juventud de México, especialmente la estudiantosa. Lo hacemos, porque recientemente han vuelto a soplar sobre nuestro país los mismos vientos de la conjura internacional pasada, que fue organizada técnicamente en países de allende el mar y aprovechada por otros más cercanos. Especialmente por los países poderosos que disputan la hegemonía del mundo en decididos afanes de predominio totalitario. Países a los cuales no les importa un ardite nuestra ideología, problemas y carencias - que eso es lo de menos-,

sino que persiguen ventajas estratégicas en contra de otros pueblos. A cuyo efecto han comenzado por fomentar la desunión revolucionaria en México, que es para ellos asunto decisivo. Ambos quieren utilizar la geografía en su favor. Nadie puede negar que los deplorables actos de sedición acontecidos en nuestro país en no lejanas fechas, fueron organizados por activistas extranjeros, que para lograrlo, derramaron sin medida armas, drogas, panfletos, dinero y dirección y que ahora han comenzado por enviarnos subrepticamente, al través de nuestros indefensos litorales y fronteras, a grupos de mexicanos y extranjeros adiestrados en universidades del exterior, especializadas en fomentar asonadas, motines, cuartelazos y crímenes. Quieren hacer de México un nuevo Vietnam, Quieren aprovechar por lo pronto, nuestras colindancias estratégicas por ser terreno imprescindible para provocar violencia y guerra, en estos delicados momentos de locura atómica mundial. Ni qué pensar en las consecuencias para México. Razón ésta para prevenir y llamar a la unidad nacional inmediata, convocando al razonamiento patriótico.

El obregonismo se siente satisfecho de haberle dado a la nación dos columnas maravillosas que actualmente sostienen la recia estructura de la Patria. Soldados revolucionarios, como los aquí presentes, fueron el pie veterano del glorioso Ejército Mexicano, cuya lealtad es absoluta para las instituciones que nos rigen y la bandera que nos guía.

A la muerte del General Obregón, el obregonismo fundó el Partido Nacional Revolucionario, hoy transformado en Partido Revolucionario Institucional, un fuerte Partido político hecho para mantener y perfeccionar nuestra convivencia democrática y sus instituciones revolucionarias. Para oír todas las opiniones de los mexicanos y estudiar en sus aulas políticas todo pensamiento humano. Para mantener en vigor los derechos del hombre. Para consolidar

la paz y el ejercicio de la libertad, dentro de la justicia, con pan, y el trabajo sin esclavitud ni sobresalto. Para continuar la vida ascendente de México, porque consideramos que las conquistas de la Revolución no son una trinchera, sino un camino de perfeccionamiento permanente. Es innegable que hasta que se creó el Ejército Mexicano, con hombres de la Revolución y hasta que nació el Partido Nacional Revolucionario, patriótico, enérgico y disciplinado, hubo paz institucional en la República y libertad verdadera en el ámbito nacional. Si esa juventud conflictiva a la que hemos mencionado, tiene en verdad el deseo de discutir ponencias especiales, allí, en el Partido, tiene el palenque, para expresar libremente todos sus credos. Ahí está el principio de entendimiento que nos permitirá seguir unidos y fuertes ante las pruebas que nos traiga el destino.

La experiencia nos ha hecho saber que en las épocas tempestuosas lo difícil no es umplir con el deber, sino saber en dónde está el deber y conocemos el nuestro a cabalidad, por haberlo cumplido en sus momentos cruciales en torno a la Revolución Mexicana y hoy, ante la incertidumbre de la hora del mundo, no dudamos que nuestro deber está en torno al Presidente de la República el Lic. Luis Echeverría, Estadista que levanta el escudo y coordina la acción en defensa de los intereses del pueblo de México. Declaramos sin ambages ni aspavientos, nuestra adhesión entusiasta al Presidente de la República, porque él representa la ley, el orden y el espíritu revolucionario que mueve a nuestra nación. Y porque además, sabemos que el pueblo nada tiene que objetarle, sino que, por el contrario, le dá su decidido apoyo, viendo su entrega total al servicio del país. Porque le mira cruzar incansable los caminos de la patria, en incesantes operaciones de trabajo, porque nos conforta, como revolucionarios, verlo en el ejercicio de la soberanía nacional iniciar en lejanas regiones del mundo la liberación económica de México que, hasta la fecha, ha figurado como

un mercado cautivo en el que siempre se han reflejado injustamente las perturbaciones de finanzas ajenas. Reiteramos abiertamente que si el licenciado Luis Echeverría, preserva como lo hace con entusiasmo sincero, la obra de la Revolución Mexicana, llevada al logro por nuestro Jefe el General Obregón, toca a nosotros los hombres de la Revolución, que integramos el obregonismo, venir a esta tribuna levantada en honor de su guía espiritual, a tributar por mi modesta voz, un voto de reconocimiento público por la fructífera labor realizada en escaso año y medio de gobierno, acompañado de un brillante equipo de colaboradores, jóvenes profesionistas mexicanos de alto rango, que nos hacen notar que están imponiendo nuevas técnicas constructivas en México, basándose para ello en las viejas razones revolucionarias de equidad social.

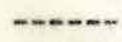
Que damos a sus órdenes, señor Presidente Echeverría, por si en el transcurso de su gobierno hubiere acontecimientos que lo hicieran pensar que nuestra adhesión a su régimen democrático tiene valor utilizable en el servicio de la nación. Esta adhesión confirma en todo nuestra lealtad a los principios de libertad y democracia que integran el contexto moral de la Revolución Mexicana, presente en nuestra Constitución de 1917, a cuyo triunfo contribuyó con su espada y su vida el General Alvaro Obregón, y nosotros sus fieles seguidores.

Para terminar, invito al pueblo de México y a todos los revolucionarios y preferentemente a quienes, como ustedes señores, que por su alta calidad de Jefes y Oficiales del Ejército Constitucionalista, formaron el pie veterano de nuestro Ejército Mexicano y de las instituciones libertadoras que nos rigen, a que hagamos un acto de comunión patriótica entre todos y a manera de un lazo indisoluble formulemos votos por la eterna ventura de México, ante las amenazas que soslaya el destino. Por su inalterable paz. Por nuestros héroes nacionales y, con marcado deseo, por esos dos próceres de la patria a quienes hemos reme-

morado hoy en esta ceremonia: Juárez, la epónima figura que llena todas las -
almas, porque nadie es ajeno a su presencia y cuyo año es el presente. Y Obregón
el soldado invicto, base concreta del México actual. Y a manifestar nuestra
adhesión ciudadana en torno al señor Presidente de la República, don Luis Eche-
verría, preservador de nuestra Constitución y sus leyes democráticas.

Al agradecer a ustedes en nombre de la Asociación Cívica Gral. Alvaro
Obregón su hospitalidad y atención, digámonos adios, o más bien, hasta pronto
y dejemos caer a manera de un postrer homenaje, nuestra

ORACION LAICA
POR
ALVARO OBREGON



Fué un ciudadano armado.
Un invicto caudillo.
Desgajó la e popeya con el único brazo
que le dejó el destino,
por devolver su libertad al pueblo
y hacer de cada obrero un ciudadano
y de cada agrarista un hombre digno.

¡Honor a quien honor merece!
¡Honor eterno a quien salvó del caos
a nuestra Patria, Hermanos!

¡Honor al hombre símbolo
por la infame reacción asesinado!
¡Sea contigo por siempre su recuerdo heroico,
valiente pueblo mexicano!

Celaya, Gto., 15 de abril de 1972.

CARLOS DARIO OJEDA.

Agradezco a la "Asociación Cívica General Alvaro Obregón", el alto honor que me ha conferido de dirigirme en su nombre al pueblo de Celaya, a fin de hacerle presentes sus filiales respetos e invariable lealtad, en este día de grata recordación para la patria y para esta benemérita ciudad tan mexicana. Por la gloriosa significación que para los destinos de México, tuvieron las dos grandes batallas libradas en Celaya, resueltas en triunfo definitivo, contra el desviacionismo reaccionario, el día 15 de abril del año de 1915, por el Ejército Constitucionalista, bajo el mando de su General en Jefe, don Alvaro Obregón. Y le es particularmente satisfactorio enviar ese saludo desde el mismo sitio de los hechos históricos, por conducto de la ciudadanía guanajuatense, porque al Estado Libre y Soberano de Guanajuato le sobra resplandor histórico para darle realce auténtico de significación patriótica, a esta ceremonia que ha organizado en homenaje justificado al invicto caudillo mexicano, considerado como el padre de nuestra libertad, en este Siglo.

He aceptado gustoso esta cívica misión, porque en este acto no se trata de pronunciar discurso académico o antología literaria alguna. Se trata de dejar correr el habla sencilla de un hombre común de la Revolución Mexicana.

Hombre que, con sus representados, guarda fiel veneración por uno de los más preclaros guías de nuestra nación: el señor General don Alvaro Obregón, quien luchó en grado heroico, por la redención de su pueblo, impulsado por sus fervorosas convicciones liberales, plenas de solidaridad humana. Patriota que hizo posible el régimen constitucional existente y a quien se glorifica porque entregó sin regateo, por la ventura de los mexicanos: hogar, genio, reposo y vida.

Asistimos con unción ciudadana, a esta solemne ceremonia en memoria del invicto caudillo de la Revolución Mexicana, que se efectúa precisamente en el sitio en donde el héroe consolidó su épica gloria, en el combate efectuado entre las fuerzas de la Revolución Mexicana y los aguerridos contingentes de la muy poderosa División del Norte que, no obstante provenir de nuestra misma estirpe revolucionaria, tomó el camino de la disidencia militar y de desviación política, capitaneada por el, con justicia afamado, General Francisco Villa, quien haciendo armas de guerra, desconoció ilegalmente los mandatos del Plan de Guadalupe, que estipulaban como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, al ilustre Varón de Cuatro Ciénegas, don Venustiano Carranza, Gobernador de Coahuila. Esa actitud regresionista, dió origen a esa cruenta y lamentable lucha fratricida que puso en grave peligro la integridad de los ideales de la Revolución Mexicana, que estaban en juego. Esa victoria, que hoy celebramos con las más altas voces de nuestra veneración es, la más valiosa y significativa en nuestros anales patrios, porque ella logró incorporar a México, para siempre, a la vida del mundo civilizado, libre y democrático. A la sombra de este inolvidable campo de batalla, venimos a reiterar ante el prócer desaparecido, nuestro juramento permanente de respetar y hacer respetar, nuestra Constitución Política de 1917, en la que el General

Obregón fue vital en su formación y destino. Estamos prontos a defenderla contra cualquier desviacionismo o atentado de fuerza que se pretendiera contra México.

~~Muy lejos estamos de haber llegado a Celaya a practicar ante el Monumento del General Obregón el culto estatuario a la personalidad representativa como lo practicaban los pueblos de la antigüedad. Venimos a rendir homenaje a su noble espíritu, que forjó con luces de excepción, la obra renovadora de México, que realizó con obsesión de apóstol y empeño de soldado. Y como siempre, atraídos por su patriótica dimensión espiritual. No venimos a tomar conciencia política a estas alturas. Estamos aquí para engrandecerla, con el reflejo de lo que lo hizo grande entre los grandes de México. Eso que el sabio Echeler califica como producto de los valores de situación del alma, esos que impulsan sobre cualquiera otra tendencia, la misión específica de cada individuo. Valores espirituales que dan a los predestinados ese carácter único que hacen que el hombre se sienta impulsado al desinterés de servir al hombre. Valores que se pudieran también llamar de distinción en la especie, porque permiten distinguir y aceptar como maestros y jefes, o guías, a los hombres de bien.~~

Venimos con ello, a sumergir nuestra alma en las aguas lustrales del recuerdo y a saludar a ustedes ~~y con ustedes~~, la jerarquía humana de este auténtico valor nacional y a puntualizar, basados en la historia, el derecho que tiene el desaparecido General Alvaro Obregón, ^{y los miles de patriotas jefes de} a vivir de pie, no sólo en las estatuas que la gratitud nacional le ha levantado, sino también, a vivir en sitio preferente en el apasionado pensamiento y el noble corazón de las generaciones mexicanas.

Los admiradores del General Obregón, ^{no} -no estorba repetirlo-, son un grupo de mexicanos, extendido en toda la patria, dedicados a preservar esa

gloria y cabe asegurar, públicamente, que no buscamos en estas reuniones nacionales, conveniencias personales de ningún orden. No venimos a hacer sonar sobre las tumbas de los caídos en la lucha, clarines o atabales de reclamo, porque nuestros pasados sueños juveniles fueron, desde entonces, muy largamente recompensados, con el óptimo honor de recibir en custodia, como un tesoro espiritual incalculable, las nobles enseñanzas que nos legara el General Alvaro Obregón y los hombres que ^{se millonaron con el} hicieron la Revolución, ^{triumfar} para estar siempre prontos a defender a nuestra patria.

Ya extinta la pasión política, el grupo obregonista viene a Celaya a tratar de consolidar en la mejor forma la unidad nacional existente. Por eso, con el mayor respeto, llega hasta acá a inclinarse ante las tumbas de todos los valientes mexicanos, de todos los credos y de todos los bandos, que sucumbieron en la lucha que hubo de ser resuelta en la última batalla de Celaya, que hoy rememoramos, unidos ante la patria como un solo hombre. Porque fue de este campo ensangrentado, de donde surgió triunfante la Revolución Mexicana, que ha sido indiscutiblemente, la redentora efectiva del pueblo. Porque de este campo surgió el resplandor de gloria que la ilumina históricamente. Nuestros afanes vienen a remover los fuegos del vivac revolucionario encendido en las noches de guerra de Celaya, porque este fuego será eterno en el tiempo. Pavasas inextintas siguen ardiendo en eclosión viviente, en la lámpara votiva que nuestro pueblo mantiene en memoria de su heroico combate.

La historia determina que el heroísmo es la capacidad física y moral de enfrentarse a lo inusitado. Sobre esta apreciación filosófica, el prominente científico francés Alexis Carrel dijo, en cierta ocasión, que al género humano lo han llevado a cuestras unos cuantos héroes y que nos hallamos hoy en el mundo

gracias a la entereza con que alguno de nuestros antepasados supo, -en momentos de prueba-, llevar el valor más allá del simple cumplimiento del deber y mostrar sobresaliente pasión o heroica constancia.

La accidentada historia de México comprueba esa doctrina. **B**osotros somos ahora libres y vivimos en una nación independiente, gracias a los esforzados patriotas mexicanos que, en su tiempo, defendieron con excepcional valor y pasión nuestro destino. Heroicos han sido, indiscutiblemente, todos aquellos que han luchado valientemente por servir a México. Pero entre ellos, sólo figuran, con relieve especial, los predestinados que lograron personificar la dimensión exacta de la patria. Ellos son nuestros héroes representativos. La gratitud nacional los mantiene encumbrados ante el pueblo como símbolos permanentes, puesto que su ejemplo subsiste y marca el camino de nuestros pasos ciudadanos. Porque ellos ^{fulguraron} rayaron a la altura que la dignidad nacional exigía para responder al reto en los momentos estelares que hubieron de enfrentar por causa nuestra. Podríamos decir en favor de todos y cada uno de ellos, cosas muy laudatorias y merecidas, pero nos abstenemos por las obvias razones de un tiempo limitado.

Por tener el derecho a ser una nación independiente y soberana, murieron heroicamente Cuhtlahuac, Cuauhtémoc, Hidalgo y Morelos, por citar tan sólo a los más destacados de los precursores sagrados y eternos símbolos de nuestra mexicanidad. Y después de ellos, en el horizonte de México surgió la figura del héroe epónimo: don Benito Juárez, el de mayor dimensión entre los héroes nuestros. El liberal de bronce. Luz Perpetua de la redención nacional, quien con su resuelta decisión china venció a los enemigos y hasta a la misma adversidad que azotaba a la patria. Juárez es el ^{gran} constructor de nuestra ^{Nación del} ciudadanía. Es una de las personalidades políticas más representativas y sobresalientes de nuestra historia, que traspuso fronteras y fue reverenciado

Representa al hombre de las leyes. Sus raíces indígenas trajeron a su alma introvertida, las savias telúricas del México ancestral. Encarnó como nadie, con majestad y prestancia, al dueño de la tierra sojuzgada. Y así, como cuando en las coloniales carrozas de la Iglesia era conducida, con profunda devoción, la Custodia Sagrada que llevaba el Espíritu del Redentor, así Juárez, envuelto en su polvosa capa y su ritual chistera, llevaba en su negro carruaje de campaña, la ley en lo alto, como el más respetable símbolo humano. Y así, con reciedumbre inflexible venció en guerra desigual y sin cuartel, a los invasores franceses, rapaces y malvados sin hipérbole, y a los reaccionarios traidores mexicanos, sus cómplices de infamias. Porque el indómito zapoteca logró imponer en el alma del mexicano una fé rotunda en los grandes destinos nacionales. Con esa fe indómita, venció a Maximiliano, el rubio y desgraciado archiduque barbado. Y al fusilarlo, no cometió un crimen proditorio, como dijeron los despechados. Porque en la vindicta pública no fusilaba a un ser humano, fusilaba un concepto totalitario imperialista, que pretendía conquistar a los pueblos de América, con rapiña de audaces y acciones criminales.

Por esa inenarrable y conjunta epopeya, arrancada a la gloria en lucha desigual, este año ha sido consagrado, en justicia, a exaltar el recuerdo inmortal del más grande de todos los mexicanos: el Benemérito de América, Benito Juárez. Y es por eso que, guiados por el espíritu de Alvaro Obregón, -quien lo tuvo siempre como guía y mentor de la Revolución Mexicana, venimos como revolucionarios a rendir pleitesía, la más emotiva, al impassible indio estoico -nacido en Guelatao, humilde y oscuro pueblo de la sierra oaxaqueña-, quien fuera recogido, a su muerte, en autoras de luz por nuestra patria, el 18 de julio de 1872, en el Palacio Nacional de México. Muerte que hoy, con doble pesar rememoramos.

La indignación por el proditorio asesinato del Apóstol Madero y del Vice-Presidente Pino Suárez, se hizo incontenible y el pueblo se alzó en armas para vengar la afrenta nacional. Esta vez lo encabezaba otro gran mexicano, el resuelto, tozudo y justiciero Venustiano Carranza, quien dió nueva vida a la Revolución. Luchó este faccioso varón con incontenible valor. Semejaba en su acción, un Moisés airado, que llevaba como bandera el Plan de Guadalupe., y lo hizo triunfar y vió realizada su implantación. Su férrea decisión durante la lucha revolucionaria, fue irreductible. Esa labor valiente hubiera sido imposible realizarla, de no haber contado con Venustiano con la rectitud y el genio militar del General Obregón. Obregón inalterablemente fue fiel a los principios de la Revolución. Nos basta con recordar lo que dijo, en horas de sinceridad extrema, mortalmente herido: "Mutilense los hombres, pero no los principios".

Fue fiel al Primer Jefe don Venustiano Carranza, a quien sostuvo con sus triunfos militares. Fiel a la causa del pueblo. Fiel a la grandeza de la nación. Mostró sus convicciones al lograr el triunfo del pueblo. Obregón renunció al rango y al poder que tenía patrióticamente ganados. Regresó a labrar sus tierras de Sonora, como un simple agricultor.

Hemos traído a la memoria de los mexicanos estas páginas conocidas de nuestra historia, que por su grandeza son inolvidables. Lo hacemos con el propósito de servir a los intereses permanentes de México, tratando de mover el juicio en las jóvenes conciencias mexicanas. Porque perteneciendo nosotros al grupo de los ciudadanos armados de la Revolución Mexicana, creemos estar en condiciones de poder establecer crédito moral suficiente en la conciencia pública, para ser escuchados sin prejuicios ni reservas, en nuestra obligación de informar a las nuevas generaciones del país acerca del comportamiento noble y heroico de nuestros grandes hombres, basados en los hechos históricos y sus causas, por ser irrefutables.

~~Intentamos~~ ^{dibimos} por esta razón presentar a ustedes algo de lo mucho que supo darnos el caudillo de la Revolución triunfante al cumplir con sabiduría y valor supremo, la parte que le asignó el destino para lograr las libertades públicas que hoy disfrutamos en esta patria igualitaria y democrática, que marcha sin estridencias demagógicas, pero resueltamente, a la conquista de una meta suprema: la justicia social. A cuyo alcance viene México, en el cumplimiento de sus principios revolucionarios, avanzando progresivamente por los tramos que las realidades ^{que el} del mundo les hacen posible. México no es una nación inamóvil. Se esfuerza por superarse, lo que es palpable si observamos su ya intensa actividad cotidiana. Busca llegar cuanto antes a su integración total, tomando como base la confianza que le brinda el pueblo mexicano, que ha logrado mantener la venturosa paz existente, obtenida por el respeto inalterable que se observa por el derecho ajeno. Para lo que con fía en que sigamos unidos, cada quien en su credo, pero en la obediencia a las leyes de convivencia y de justicia que emanan de nuestra Constitución Política de 1917.

Continuando en nuestra acción biográfica, digamos que la importancia que tuvo el General Alvaro Obregón en los destinos de México, -como hemos dicho-, es absoluta. La referida batalla del 15 de abril de 1915 que tuvo lugar aquí en Celaya, está considerada en nuestra historia, por sus notables efectos sociales y económicos, como definitiva para nuestro desarrollo nacional, porque en ella se dió muerte violenta y para siempre, al intolerable sistema virreinal heredado de la Colonia, que aún estaba en pleno vigor reaccionario bajo la dictadura porfirista.

Fue Obregón el más notable de los generales agraristas surgidos del movimiento emancipador de México. Era hombre que sentía en carne viva los sufrimientos de la gente del campo y se afanaba en resolver su triste

situación. Comprendía el justo anhelo de los campesinos, de poseer un pedazo de tierra para cultivarla en su propio provecho.

Por haber convivido él con aquellos explotadores feudales de las haciendas, se hizo portavoz calificado de todos los medios que favorecían a los campesinos y a la peonada. Se entusiasmó con la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 y con esa mentalidad fue el primero en dictar, en plena acción, decretos sobre el salario mínimo y la jornada de 8 horas, e influyó en el Congreso Constituyente para que expidiera con todo vigor el Artículo 27 y cuando llegó a la Primera Magistratura del país, puso en práctica las Leyes Agrarias. Restituyó, la tierra a los pueblos despojados y dotó de parcelas a los campesinos que carecían de tierras de labor. Sus preocupaciones por la Reforma Agraria las tuvo desde Huatabampo, cuando allá fue pequeño agricultor que tenía que entregar la mitad de sus cosechas al dueño de la tierra. Su interés por resolver los problemas obreros le venía de la época en que fue tornero, en el taller mecánico del ingenio de Navolato, ^{San} donde se dió cuenta de las tremendas injusticias que se cometían a los trabajadores.

En Querétaro triunfaron los diputados de izquierda que se llamaron radicales u obregonistas y que formaron las mayorías sobre las derechas moderadas que integraron un pequeño grupo sin alcance de significación. A decir de las fuentes transcritas esa es la verdad histórica expuesta en los debates del Constituyente. La nación reconoce en cambio, en acto justiciero, que la mayor gloria en la realización del Congreso Constituyente corresponde a Carranza, porque él inició y puso en marcha aquella magna Asamblea. Don Venustiano Carranza se engrandeció todavía más, porque no obstante que sus ideas no pasaron a formar parte básica de la Constitución, el ilustre prócer se aprestó a promulgarla sin ningún reparo el 5 de febrero de 1917, acatando

ello la voluntad popular, de la que era depositario. Su grandeza e irreductible luchador lo hace perenne en la historia de la patria.

Durante la celebración del Congreso Constituyente en Querétaro, la presencia del General Obregón en esa histórica ciudad, sirvió de aliento y apoyo a las mayorías radicales que introdujeron en la Carta Magna las reformas de mayor trascendencia: en los artículos fundamentales: 30, 27, 115, 123 y 130. De ahí surgieron la Ley Agraria y la Ley del Trabajo, que han sido los principales baluartes del adelanto social de los campesinos y de los obreros de México. Obregón fomentó con mucho entusiasmo la organización de los trabajadores de la ciudad. En su tiempo prosperaron los sindicatos. Fue además, un decidido impulsor de la educación popular, Constituyó ^{durante} numerosas escuelas y fomentó con empeño la enseñanza rural. El General Alvaro Obregón se preocupó, con exaltado patriotismo durante su vida política, por todos los problemas que afectaban al pueblo mexicano. Cuando el General Obregón dejó el poder, sin pedir nada se fue a establecer a Cajeme, no obstante la indiscutible jefatura moral que ejercía sobre ^{recomendando} el pueblo, iniciando como un simple ciudadano, las tareas del campo que había abandonado por marchar con el pueblo a la Revolución.

El juez que hoy pudiera llamar a juicio histórico a Alvaro Obregón, no encontraría en él al político gesticulante que declamó promesas disolventes en fuegos de artificio, sino al hombre resuelto y valeroso que demostró con el fuego de los fusiles proletarios las humanas razones del hambre y la justicia impostergables. El asesinato alevoso del General Obregón, perpetrado por clericales del conservatismo nacional, con el fin de acabar con el movimiento vindicativo de la Revolución Mexicana, sumió momentáneamente a la patria, en un estupefacto silencio inesperado, que se fue transformando en reflexión social, que pudo precisar con mayor fuerza las notorias carencias del pueblo.

Ese silencio se ha transformado hoy día en un gran grito de alerta para estar prontos a la defensa de los principios de la Revolución, amenazados ya.

El General Obregón está presente en nuestra historia, en unión de Carranza, como la base misma de la Revolución. De ser su brújula que impedirá cualquier desvío. Podría afirmarse ya, por los resultados, que él es la historia misma de la Revolución y del progreso actual de México. He ahí nuestro interés en perpetuarlo.

Fue tan grande la fuerza de su pensamiento humanista en los destinos patrios, que su solo prestigio hizo posible la presencia en la Presidencia de la República, de valores tan eminentes como Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil y Lázaro Cárdenas, cuya obra emérita resalta en nuestra historia con rasgos de excepción. Desinterés, patriotismo y resolución, fueron el clima portentoso de esa gran época que la nación jamás olvidará.

He traído al conocimiento de las nuevas generaciones una breve sinopsis de la historia del caudillo humanista Alvaro Obregón, para invitarlos a meditar serenamente sobre los hombres y los sucesos trascendentales del país, que les atañe conocer como mexicanos jóvenes que son, para evitarles, si luchan en verdad por el pueblo, caer en revisionismos estériles que los conducirían a conflictos insalvables por ignorar las causas anteriores de los grandes sucesos nacionales. Queremos hacérselos notar, por amor a lo nuestro. Porque para nosotros no hay nada más noble que la juventud de México, especialmente la estudiosa. Los hombres que hicieron la Revolución, deben sentirse satisfechos por haberle dado a la nación dos columnas maravillosas que actualmente sostienen la recia estructura de la patria. Los soldados revolucionarios, fueron el pie veterano del actual glorioso Ejército Mexicano, cuya lealtad es absoluta para las instituciones que nos rigen y la bandera que nos guía.

A la muerte del General Obregón, se fundó el "Partido Nacional Revolucionario", hoy con el nombre de "Partido Revolucionario Institucional", un fuerte Partido político hecho para mantener y perfeccionar nuestra convivencia democrática y sus instituciones revolucionarias. Para oír todas las opiniones de los mexicanos y estudiar en sus aulas políticas todo pensamiento humano. Para mantener en vigor los derechos del hombre. Para consolidar la paz y el ejercicio de la libertad, dentro de la justicia, con pan, y el trabajo sin esclavitud ni sobresalto. Para continuar la vida ascendente de México, porque consideramos que las conquistas de la Revolución no son una trinchera, sino un camino de perfeccionamiento permanente. Es innegable que hasta que se creó el Ejército Mexicano, con hombres de la Revolución y hasta que nació el "Partido Nacional Revolucionario", patriótico, enérgico y disciplinado, hubo paz institucional en la República y libertad verdadera en el ámbito nacional. Si esa juventud conflictiva a la que hemos mencionado, tiene en verdad el deseo de discutir ponencias especiales, ahí, en el Partido, tiene el pelenque, para expresar libremente todos sus credos. Ahí está el principio de entendimiento que nos permitirá seguir unidos y fuertes ante las pruebas que nos traiga el destino.

La experiencia nos ha hecho saber que en las épocas tempestuosas, lo difícil no es cumplir con el deber, sino saber en dónde está el deber. Y hoy, ante la incertidumbre de la hora del mundo, no dudamos que nuestro deber está en torno al Presidente de la República el Lic. Luis Echeverría, Estadista que levanta el escudo y coordina la acción en defensa de los intereses del pueblo de México. Declaramos sin ambages ni aspavientos, nuestra adhesión entusiasta al Presidente de la República, porque él representa la ley, el orden y el espíritu revolucionario que mueve nuestra nación. Y porque además,

sabemos que el pueblo nada tiene que objetarle, sino que, por el contrario, le da su decidido apoyo, viendo su entrega total al servicio del país. Porque se le mira cruzar incansable los caminos de la patria, en incesantes operaciones de trabajo, porque nos conforta, como revolucionarios, verlo en el ejercicio de la soberanía nacional, iniciar en lejanas regiones del mundo la liberación económica de México que, hasta la fecha, ha figurado como un mercado cautivo en el que siempre se han reflejado injustamente las perturbaciones de finanzas ajenas. Reiteramos abiertamente que si el Licenciado Luis Echeverría, preserva como lo hace con entusiasmo sincero, la obra de la Revolución Mexicana, llevada al logro por nuestro Jefe el General Obregón, toca a nosotros, los hombres de la Revolución, venir a esta tribuna levantada en honor de su guía espiritual, a tributar por mi modesta voz, un voto de reconocimiento público por la fructífera labor realizada en escaso año y medio de gobierno, basándose para ello en las viejas razones revolucionarias de equidad social.

Para terminar, invito al pueblo de México y a todos los revolucionarios a que hagamos un acto de comunión patriótica entre todos y, a manera de un lazo indisoluble, formulemos votos por la eterna ventura de México, ante las amenazas que soblaya el destino. Por su inalterable paz. Por nuestros héroes nacionales y, con marcado deseo, por esos dos próceres de la patria a quienes hemos rememorado hoy en esta ceremonia: Juárez, la epónima figura que llena todas las almas, porque nadie es ajeno a su presencia y cuyo año es el presente. Y Obregón, el soldado invicto, base concreta del México actual.

Al agradecer a ustedes en nombre de la "Asociación Cívica General Alvaro Obregón" su hospitalidad y atención, digámonos adiós, o más bien, hasta pronto y dejemos caer, a manera de un postrer homenaje, nuestra

ORACION LAICA
POR
ALVARO OBREGON

Fué un ciudadano armado.
Un invicto caudillo.
Desgajó la epopeya con el único brazo
que le dejó el destino,
por devolver su libertad al pueblo
y de hacer de cada obrero un ciudadano
y de cada agrarista un hombre digno.

¡Honor a quien honor merece!
¡Honor eterno a quien salvó del caos
a nuestra Patria, hermanos!

¡Honor al hombre símbolo
por la infame reacción asesinado!
¡Sea contigo por siempre su recuerdo heroico,
valiente pueblo mexicano!

Celaya, Gto., 15 de abril de 1972.

CARLOS DARIO OJEDA.

Señor Lic. don Manuel M. Moreno,
Gobernador Constitucional del Estado de Guanajuato,

Señor Gral. de Div. D.E.M. don Félix Galván López,
Comandante de la 16a. Zona Militar y representante del señor
Gral. de Div. D.E.M. don Hermenegildo Cuenca Díaz, Secretario
de la Defensa Nacional,

Señor don Ernesto Balderas Lomelín,
Presidente Municipal de Celaya,

Señores don Jesús Ortiz y don Joel Aguirre, Presidente y Secretario, respec-
tivamente, de la Delegación de la Asociación Cívica Gral. Alvaro
Obregón, en Celaya,

Sobrevivientes de las Batallas de Celaya,

Amigos Obregonistas de Celaya,

Señoras y señores:

Agradezco a la "Asociación Cívica General Alvaro Obregón",
el alto honor que me ha conferido de dirigirme en su nombre al pueblo de
Celaya, a fin de hacerle presentes sus filiales respetos e invariable lealtad,
en este día de grata recordación para la patria y para esta benemérita
ciudad tan mexicana.

Por la gloriosa significación que para los destinos de la Revolución
Mexicana tuvieron todas las batallas escenificadas en el Bajío por las fuerzas
al mando del General Alvaro Obregón, o sean las 2 de Celaya, el 7 y el 15 de
abril de 1915; las de Trinidad y León, donde perdió un brazo el General
Obregón, los días 3 y 5 de junio; y la de Aguascalientes, el 10 de julio del
propio año de 1915, deben considerarse como las decisivas para el triunfo
definitivo de la causa del Constitucionalismo.

Es particularmente satisfactorio enviar ese saludo desde el mismo sitio de los hechos históricos, por conducto de la ciudadanía guanajuatense, porque al Estado Libre y Soberano de Guanajuato le sobra resplandor histórico para darle realce auténtico de significación patriótica, a esta ceremonia que hoy se realiza en homenaje justificado al invicto caudillo mexicano, considerado como el padre de nuestra libertad, en este Siglo.

He aceptado gustoso esta cívica misión, porque en este acto no se trata de pronunciar discurso académico o antología literaria alguna. Se trata de dejar correr el habla sencilla de un hombre común de la Revolución Mexicana. Hombre que, con sus representados, guarda fiel veneración por uno de los más preclaros guías de nuestra nación: el señor General don Alvaro Obregón, quién luchó en grado heroico, por la redención de todo el pueblo mexicano, impulsado por sus fervorosas convicciones liberales, plenas de solidaridad humana. Patriota que hizo posible el régimen constitucional existente y a quien se glorifica porque entregó sin regateo, por la ventura de los mexicanos: hogar, genio, reposo y vida.

Asistimos con unción ciudadana, a esta solemne ceremonia en memoria del invicto caudillo Obregón, que se efectúa precisamente en el sitio en donde el héroe consolidó su épica gloria en el combate efectuado entre las fuerzas de la Revolución Mexicana y los aguerridos contingentes de la muy poderosa División del Norte que, -no obstante provenir de nuestra misma estirpe revolucionaria, - tomó el camino de la disidencia militar y de desviación política, capitaneada por el, con justicia afamado, General Francisco Villa, quien haciendo armas de guerra, desconoció ilegalmente

los mandatos del Plan de Guadalupe, que reconocían como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, al Ilustre Varón de Cuatro Ciénegas, don Venustiano Carranza, Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila. Esa actitud regresionista, dió origen a esa cruenta y lamentable lucha fratricida que puso en grave peligro la integridad de los ideales de la Revolución Mexicana y la soberanía de México, que estaban en juego. Esa victoria, que hoy celebramos con las más altas voces de nuestra veneración es, la más valiosa y significativa en nuestros anales patrios, porque ella logró incorporar a México, para siempre, a la vida del mundo civilizado, libre y democrático. A la sombra de este inolvidable campo de batalla, venimos a reiterar ante el prócer desaparecido, nuestro juramento permanente de respetar nuestra Constitución Política de 1917, en la que el General Obregón fue vital en su formación y destino. Estamos prontos a defenderla contra cualquier desviacionismo o atentado de fuerza que se pretendiera contra México.

Muy lejos estamos de haber llegado a Celaya a practicar ante las tumbas de los valientes soldados que al mando del General Obregón cayeron en esta ciudad, al igual que caían en otras ciudades de la República defendiendo la Revolución Constitucionalista, jefaturada por el egregio Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, a practicar, repito, el culto estatuario a la personalidad representativa, como lo practicaban los pueblos de la antigüedad. Venimos a rendir homenaje a su noble espíritu, que forjó con luces de excepción, la obra renovadora de México, que realizó con obsesión de apóstol y empeño de soldado. Y como siempre, atraídos por su patriótica dimensión espiritual. No venimos a tomar conciencia política

a estas alturas. Estamos aquí para engrandecerla con el reflejo de lo que lo hizo grande entre los grandes de México. Eso que el sabio Echeler califica como producto de los valores de situación del alma, esos que impulsan sobre cualquiera otra tendencia, la misión específica de cada individuo. Valores espirituales que dan a los predestinados ese carácter único que hacen que el hombre se sienta impulsado al desinterés de servir al hombre. Valores que se pudieran también llamar de distinción en la especie, porque permiten distinguir y aceptar como maestros, jefes o guías, a los hombres de bien unidos por el amor a la Patria.

Venimos con ello, a sumergir nuestra alma en las aguas lustrales del recuerdo y a saludar con ustedes, la jerarquía humana de este auténtico valor nacional y a puntualizar, basados en la historia, el derecho que tienen el desaparecido General Alvaro Obregón y los miles de patriotas jefes del Constitucionalismo, a vivir de pie, no sólo en las estatuas que la gratitud nacional les ha levantado, sino también, a vivir en sitio preferente en el apasionado pensamiento y el noble corazón de las generaciones mexicanas.

Los admiradores del General Obregón, -no estorba repetirlo-, somos un grupo de mexicanos, extendido en toda la patria, dedicados a preservar esa gloria y cabe asegurar, públicamente, que no buscamos en estas reuniones nacionales, conveniencias personales de ningún orden. No venimos a hacer sonar sobre las tumbas de los caídos en la lucha, clarines o atabales de reclamo, porque nuestros pasados sueños juveniles fueron, desde entonces, muy largamente recompensados, con el óptimo honor de recibir en custodia, como un tesoro espiritual incalculable, las

nobles enseñanzas que nos legara el General Alvaro Obregón y los hombres que simultáneamente con él hicieron triunfar a la Revolución y estar siempre prontos a defender a nuestra Patria.

Ya extinta la pasión política, los sobrevivientes constitucionalistas, encabezados por la Asociación Cívica General Alvaro Obregón, venimos a Celaya a tratar de consolidar, en la mejor forma, la unidad nacional existente. Por eso, con el mayor respeto, llegamos aquí a inclinarnos ante las tumbas de los valientes mexicanos, -sin distinción de credos ni de bandos-, que sucumbieron en la lucha que hubo de ser resuelta no sólo en Celaya, sino en todas las que libró con tanto éxito el Constitucionalismo. Porque fue de este campo ensangrentado, de donde surgió triunfante la Revolución Mexicana, que ha sido, indiscutiblemente, la redentora efectiva del pueblo. Porque de este campo surgió el resplandor de gloria que la ilumina históricamente. Nuestros afanes vienen a remover los fuegos del vivac revolucionario encendido en las noches de guerra de Celaya, porque este fuego será eterno en el tiempo. Pavesas inextintas siguen ardiendo en eclosión viviente, en la lámpara votiva que nuestro pueblo mantiene en memoria de sus heroicos caudillos.

La historia determina que el heroísmo es la capacidad física y moral de enfrentarse a lo inusitado. Sobre esta apreciación filosófica, el prominente científico francés Alexis Carrel dijo, en cierta ocasión, que al género humano lo han llevado a cuestras unos cuantos héroes y que si nos hallamos hoy en el mundo ha sido gracias a la entereza con que algunos de

nuestros antepasados supieron -en momentos de prueba-, llevar el valor más allá del simple cumplimiento del deber y mostrar sobresaliente pasión o heróica constancia.

La accidentada historia de México comprueba esa doctrina. Nosotros somos ahora libres y vivimos en una nación independiente, gracias a los esforzados patriotas mexicanos que, en su tiempo, defendieron con excepcional valor y pasión nuestro destino. Heróicos han sido, indiscutiblemente, todos aquellos que han luchado valientemente por servir a México. Pero entre ellos, sólo figuran, con relieve especial, los predestinados que lograron personificar la dimensión exacta de la patria. Ellos son nuestros héroes representativos. La gratitud nacional los mantiene encumbrados ante el pueblo como símbolos permanentes, puesto que su ejemplo subsiste y marca el camino de nuestros pasos ciudadanos. Porque ellos brillaron a la altura que la dignidad nacional exigía para responder al reto en los momentos estelares que hubieron de enfrentar por causa nuestra. Podríamos decir en favor de todos y cada uno de ellos, cosas muy laudatorias y merecidas, pero nos abstenemos por las obvias razones de un tiempo limitado.

Por tener el derecho a ser una nación independiente y soberana, murieron heroicamente Cuitlahuac, Cuauhtémoc, Hidalgo y Morelos, por citar tan sólo a los más destacados de los precursores sagrados y eternos símbolos de nuestra mexicanidad. Hasta que después de ellos, en el horizonte de México surgió la figura del héroe epónimo: don Benito Juárez, el de mayor dimensión entre los héroes nuestros. El liberal de bronce. Luz

perpetua de la redención nacional, quien con su resuelta decisión chinaca venció a los enemigos y hasta a la misma adversidad que azotaba a la patria. Juárez es el gran constructor de nuestra nacionalidad. Es una de las personalidades políticas más representativas y sobresalientes de nuestra historia, que traspuso fronteras y fué reverenciado. Representa al hombre de las leyes. Sus raíces indígenas trajeron a su alma introvertida, las savias telúricas del México ancestral. Encarnó como nadie, con majestad y prestancia, al dueño de la tierra sojuzgada. Y así, como cuando en las coloniales carrozas de la iglesia era conducida, con profunda devoción, la Custodia Sagrada que llevaba el Espíritu del Redentor, así Juárez, envuelto en su polvosa capa y su ritual chistera, llevaba en su negro carruaje de campaña, la ley en lo alto, como el más respetable símbolo humano. Y así, con reciedumbre inflexible venció en guerra desigual y sin cuartel, a los invasores franceses, rapaces y malvados sin hipérbole, y a los reaccionarios traidores mexicanos, sus cómplices de infamias. Porque el indómito zapoteca logró imponer en el alma del mexicano una fé rotunda en los grandes destinos nacionales. Con esa fe indómita, venció a Maximiliano, el rubio y desgraciado archiduque barbado. Y al fusilarlo, no cometió un crimen proditorio, como dijeron los despechados. Porque en la vindicta pública no fusilaba a un ser humano, fusilaba un concepto totalitario imperialista, que pretendía conquistar a los pueblos de América, con rapiña de audaces y acciones criminales.

Por esa inenarrable y conjunta epopeya, arrancada a la gloria en lucha desigual, este año ha sido consagrado, en justicia, a exaltar el recuerdo inmortal del más grande de todos los mexicanos: el Benemérito de

América, Benito Juárez. Y es por eso que, guiados por el espíritu de Alvaro Obregón, -quién lo tuvo siempre como guía y mentor de la Revolución Mexicana-, venimos como revolucionarios a rendir pleitesía, la más emotiva, al impassible indio estóico -nacido en Guelatao, humilde y oscuro pueblo de la sierra oaxaqueña-, quien fuera recogido, a su muerte, en auroras de luz por nuestra patria, el 18 de julio de 1872, en el Palacio Nacional de México. Muerte que hoy, con doble pesar recordamos.

La indignación por el proditorio asesinato del Apóstol Madero y del Vice-Presidente Pino Suárez, se hizo incontenible y el pueblo se alzó en armas para vengar la afrenta nacional. Esta vez lo encabezaba otro gran mexicano, el resuelto, tozudo y justiciero Venustiano Carranza, quien dió un enérgico impulso a la Revolución. Luchó este ínclito varón con incontenible valor. Semejaba en su acción un Moisés airado, que llevaba como bandera el Plan de Guadalupe, y lo hizo triunfar hasta ver realizada su implantación. Su férrea decisión durante la lucha revolucionaria, fué irreductible. Esa labor valiente hubiera sido imposible llevarla al cabo, de no haber contado don Venustiano con la rectitud y el genio militar del General Obregón. Obregón inalterablemente fué fiel a los principios de la Revolución. Nos basta con recordar lo que dijo, en horas de sinceridad extrema, "Mutíense los hombre, pero no los principios".

Fue fiel al Primer Jefe don Venustiano Carranza, a quien sostuvo con sus triunfos militares. Fiel a la causa del pueblo. Fiel a la grandeza de la nación. Mostró sus convicciones al lograr el triunfo del pueblo.

Obregón renunció al rango y al poder que tenía patrióticamente ganados. Regresó a labrar sus tierras de Sonora, como un simple agricultor.

Hemos traído a la memoria de los mexicanos estas páginas conocidas de nuestra historia, que por su grandeza son inolvidables. Lo hacemos con el propósito de servir a los intereses permanentes de México, tratando de mover el juicio en las jóvenes conciencias mexicanas. Porque pertenciendo nosotros al grupo de los ciudadanos armados que luchó por la dignidad y grandeza de la Revolución Mexicana, creemos estar en condiciones de poder establecer crédito moral suficiente en la conciencia pública, para ser escuchados sin prejuicios ni reservas, en nuestra obligación de informar a las nuevas generaciones del país acerca del comportamiento noble y heroico de nuestros grandes hombres, basados en los hechos históricos y sus causas, por ser irrefutables.

Por esta razón debemos presentar a ustedes algo de lo mucho que supo darnos el caudillo de la Revolución triunfante al cumplir con sabiduría y valor supremo, la parte que le asignó el destino para lograr las libertades públicas que hoy disfrutamos en esta patria igualitaria y democrática, que marcha sin estridencias demagógicas, pero resueltamente, a la conquista de una meta suprema: la justicia social. A cuyo alcance viene México, -en el cumplimiento de sus principios revolucionarios-, avanzando progresivamente por los tramos que las realidades que el mundo le hacen posible. México no es una nación inmóvil. Se esfuerza por superarse, lo que es palpable si observamos su ya intensa actividad cotidiana. Busca llegar cuanto antes a su integración total, tomando como base la confianza que le

brinda el pueblo mexicano, que ha logrado mantener la venturosa paz existente obtenida por el respeto inalterable que se observa por el derecho ajeno. Para lo que confía en que sigamos unidos, -cada quien en su credo-, pero en la obediencia a las leyes de convivencia y de justicia que emanan de nuestra Constitución Política de 1917.

Continuando en nuestra acción biográfica, digamos que la importancia que tuvo el General Alvaro Obregón en los destinos de México, -como hemos dicho-, es absoluta. La referida batalla del 15 de abril de 1915 que tuvo lugar aquí en Celaya, está considerada en nuestra historia, por sus notables efectos sociales y económicos, como definitiva para nuestro desarrollo nacional, porque en ella se dió muerte violenta y para siempre, al intolerable sistema virreinal heredado de la Colonia, que aún estaba en pleno vigor reaccionario bajo la dictadura porfirista.

Fué Obregón el más notable de los generales agraristas surgidos del movimiento emancipador de México. Era hombre que sentía en carne viva los sufrimientos de la gente del campo y se afanaba en resolver su triste situación. Comprendía el justo anhelo de los campesinos, de poseer un pedazo de tierra para cultivarla en su propio provecho.

Por haber convivido él con aquellos explotadores feudales de las haciendas, se hizo portavoz calificado de todos los medios que favorecían a los campesinos y a la peonada. Se entusiasmó con la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 y con esa mentalidad fué el primero en dictar, en plena campaña, decretos sobre el salario mínimo y la jornada de 8 horas, e influyó

en el Congreso Constituyente para que se expidiera con todo vigor el Artículo 27 que no figuraba en el proyecto original y cuando llegó a la Primera Magistratura del país, puso en práctica las Leyes Agrarias. Restituyó la tierra a los pueblos despojados y dotó de parcelas a los campesinos que carecían de tierras de labor. Siendo Presidente, expidió el Decreto de Tierras Ociosas, por el que se autorizaba que los campesinos que carecieran de ellas, las ocuparan para que no permanecieran inactivas. Sus preocupaciones por la Reforma Agraria las tuvo desde Huatabampo, cuando allá fue pequeño agricultor que tenía que entregar la mitad de sus cosechas al dueño de la tierra. Su interés por resolver los problemas obreros le venía de la época en que fue tornero en el taller mecánico del ingenio de Navolato, Sin., donde se dió cuenta de las tremendas injusticias que se cometían a los trabajadores.

En Querétaro triunfaron los diputados de izquierda que se llamaron radicales, jacobinos u obregonistas y que formaron las mayorías sobre las derechas moderadas que integraron un pequeño grupo sin alcance de significación. A decir de las fuentes transcritas, esa es la verdad histórica expuesta en los debates del Constituyente. La nación reconoce en cambio, en acto justiciero, que la mayor gloria en la realización del Congreso Constituyente corresponde a Carranza, porque él inició y puso en marcha aquella magna Asamblea. Don Venustiano Carranza se engrandeció todavía más, porque no obstante que sus ideas no pasaron a formar parte básica de la Constitución, el ilustre prócer se aprestó a promulgarla sin ningún reparo el 5 de febrero de 1917, acatando con ello la voluntad popular, de la que era depositario. Su grandeza de irreductible luchador lo hace perenne

en la historia de la patria.

Durante la celebración del Congreso Constituyente de Querétaro, la presencia del General Obregón en esa histórica ciudad, sirvió de aliento y apoyo a las mayorías radicales que introdujeron en la Carta Magna las reformas de mayor trascendencia: en los artículos fundamentales: 30., 27, 115, 123 y 130. De ahí surgieron la Ley Agraria y la Ley del Trabajo, que han sido los principales baluartes del adelanto social de los campesinos y de los obreros de México. Obregón fomentó con mucho entusiasmo la organización de los trabajadores de la ciudad. En su tiempo prosperaron los sindicatos. Fue además, un decidido impulsor de la educación popular, construyó numerosas escuelas y fomentó con empeño la enseñanza rural. El General Alvaro Obregón se preocupó, con exaltado patriotismo durante su vida política, por todos los problemas que afectaban al pueblo mexicano. Cuando el General Obregón dejó el poder, sin pedir nada, se fue a establecer a Cajeme -hoy Ciudad Obregón-, no obstante la indiscutible jefatura moral que ejercía sobre el pueblo, reanudando como un simple ciudadano, las tareas del campo que había abandonado por marchar con el pueblo a la Revolución.

El juez que hoy pudiera llamar a juicio histórico a Alvaro Obregón, no encontraría en él al político gesticulante que declamó promesas disolventes en fuegos de artificio, sino al hombre resuelto y valeroso que demostró con el fuego de los fusiles proletarios las humanas razones del hambre y la justicia impostergables. El asesinato alevoso del General Obregón, perpetrado por clericales del conservatismo nacional, con el fin de acabar con el movimiento vindicativo de la Revolución Mexicana, sumió momentáneamente

a la patria en un estupefacto silencio inesperado, que se fue transformando en reflexión social, que pudo precisar con mayor fuerza las notorias carencias del pueblo. Ese silencio se ha transformado hoy día en un gran grito de alerta para estar prontos a la defensa de los principios de la Revolución, amenazados ya públicamente.

El General Obregón está presente en nuestra historia, en unión de Carranza, como la base misma de la Revolución. De ser su brújula que impedirá cualquier desvío. Podría afirmarse ya, por los resultados, que él es la historia misma de la Revolución y del progreso actual de México. He ahí nuestro interés en perpetuarlo.

Fue tan grande la fuerza de su pensamiento humanista en los destinos patrios, que su solo prestigio hizo posible la presencia en la Presidencia de la República, de valores tan eminentes como Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas, cuya obra emérita resalta en nuestra historia con rasgos de excepción. Desinterés, patriotismo y resolución, fueron el clima portentoso de esa gran época que la nación jamás olvidará.

He traído al conocimiento de las nuevas generaciones una breve sinopsis de la historia del caudillo humanista Alvaro Obregón, para invitarlos a meditar serenamente sobre los hombres y los sucesos trascendentales del país, que les atañe conocer como mexicanos jóvenes que son, para evitarles, si luchan en verdad por el pueblo, caer en revisionismos estériles que los conducirían a conflictos insalvables por ignorar las causas anteriores de los grandes sucesos nacionales. Queremos hacérselos notar,

por amor a lo nuestro. Porque para nosotros no hay nada más noble que la juventud de México, especialmente la estudiosa. Los hombres que hicieron la Revolución, deben sentirse satisfechos por haberle dado a la nación dos columnas maravillosas que actualmente sostienen la recia estructura de la patria. Consolidado el triunfo de Celaya, los soldados revolucionarios formaron el pie veterano del actual glorioso Ejército Mexicano, cuya lealtad es absoluta para las instituciones que nos rigen y la bandera que nos guía.

Y a la muerte del General Obregón, a iniciativa del expresidente General Plutarco Elías Calles, fué fundado el Partido Nacional Revolucionario, -que hoy ostenta el nombre de Partido Revolucionario Institucional-, un fuerte partido político hecho para mantener y perfeccionar nuestra convivencia democrática y nuestras instituciones revolucionarias; para oír las opiniones de todos los mexicanos y estudiar en sus aulas políticas todo pensamiento humano; para mantener en vigor sin titubeos, los derechos del hombre; para consolidar la paz y el ejercicio de la libertad, dentro de la justicia con pan, y el trabajo sin esclavitud, ni sobresalto; para continuar la vida ascendente de México, porque consideramos que las conquistas de la Revolución no son una trinchera, sino un camino de perfeccionamiento permanente. Es innegable que hasta que se creó el Ejército Mexicano, con hombres de la Revolución y hasta que nació el "Partido Nacional Revolucionario" patriótico, enérgico y disciplinado, hubo paz institucional en la República y libertad verdadera en el ámbito nacional. Si esa juventud conflictiva que antes hemos mencionado, tiene en verdad el deseo de discutir ponencias especiales, allí, en el Partido, tiene el palenque, para expresar libremente todos sus credos. Allí está el principio del entendimiento que nos permitirá

seguir unidos y fuertes ante las pruebas que a la Nación pueda depararle el destino.

La experiencia nos ha hecho saber que en las épocas tempestuosas, lo difícil no es cumplir con el deber, sino saber en dónde está el deber. Y hoy, ante la incertidumbre de la hora del mundo, no dudamos que nuestro deber está en torno al Presidente de la República, Lic. Luis Echeverría, Estadista que levanta el escudo y coordina la acción en defensa de los intereses del pueblo de México. Declaramos sin ambages ni aspavientos, nuestra adhesión entusiasta al Presidente de la República, porque él representa la ley, el orden y el espíritu revolucionario que mueve nuestra nación. Y porque además, sabemos que el pueblo nada tiene que objetarle, sino que, por el contrario, le da su decidido apoyo, viendo su entrega total al servicio del país. Porque se le mira cruzar incansable los caminos de la patria, en incesantes operaciones de trabajo. Porque nos conforta, como revolucionarios, verlo en el ejercicio de la soberanía nacional, iniciar en lejanas regiones del mundo la liberación económica de México que, hasta la fecha ha figurado como un mercado cautivo en el que siempre se han reflejado injustamente, las perturbaciones de las finanzas ajenas. Reiteramos abiertamente que si el Licenciado Luis Echeverría, preserva, como lo hace con entusiasmo sincero, la obra de la Revolución Mexicana, llevada al logro por nuestro Jefe el General Obregón, toca a nosotros, los hombres de la Revolución, venir a esta tribuna levantada en honor de su guía espiritual, a tributar por mi modesta voz, un voto de reconocimiento público por la fructífera labor realizada en escaso año y medio de gobierno, basándose para ello en las viejas razones revolucionarias de la equidad social.

Invito al pueblo de México y a todos los revolucionarios a que hagamos un acto de comunión patriótica entre todos y, a manera de un lazo indisoluble, formulemos votos por la eterna ventura de México, ante las amenazas que soslaya el destino. Porque la paz sea inalterable. Por nuestros héroes nacionales y, con particular y preeminente deseo, por esos dos próceres de la patria: Obregón a quien estamos conmemorando en esta ceremonia, en el aniversario de las batallas de Celaya y que a su vez el próximo 17 de julio será recordado el aniversario de su muerte. Y a don Benito Juárez, en el Año de Juárez, la epónima figura que llena todas las almas, porque nadie es ajeno a su presencia y cuyo centenario de su muerte se conmemorará el próximo 18 de julio.

Antes de terminar, considero necesario hacer énfasis en un aspecto importante que se desprende de esta ceremonia cívica organizada en memoria del señor General don Alvaro Obregón, analizando a sus valiosos componentes, para rendirles nuestra gratitud. El simple hecho de celebrarla, cobra un meritorio concepto pedagógico ante el pueblo mexicano, puesto que siendo en estas patrióticas reuniones en donde se ofrecen a la virtud civil y al honor militar, las mejores recompensas del afecto popular, se demuestra que en ellas se encuentran siempre los hombres fieles al destino de la patria y, por lo tanto, sus más leales servidores. Con esta clase de hombres México defenderá, en su caso, 20 siglos de civilización, contra unos cuantos minutos de audacia internacional, que predicán su destrucción.

Hago notar, con verdadero interés, que la civilización a que aludo no se limita a la formada por la Ciencia, el Arte, el Humanismo,

la Tecnología, las Religiones, etc. Incluyo en ésta a su complementario en este siglo: la civilización militar. Esa garantía progresista que actualmente tiene como base la utilización de la fuerza que representa, en su aspecto constructivo, puesta al servicio de la comunidad humana. La que preserva las libertades. La que hace respetar sus leyes, manteniéndose fiel a la Constitución. La que sabe que toda cultura fue formada dentro de la seguridad específica y dentro de un orden social, armónico y libre como el nuestro. La civilización militar nuestra, la mexicana, la democrática que no forma una casta, la que pertenece a la patria, la del más puro origen revolucionario, que está llena de pundonor y ajena a los predomnios cuartelarios de los viejos ejércitos de leva. La que tiene como base de su cultura y actuación: la disciplina; el uso legal de la fuerza confiada a su honor militar; el valor, la abnegación; el deber; la fraternidad y la lealtad a las instituciones que fundamentan nuestra nacionalidad, siendo factor importantísimo en el desarrollo nacional. Así se justifica que estén presentes en esta ceremonia patriótica con especial brillantez, en representación del glorioso Ejército Mexicano, un prominente grupo de señores Generales, Jefes, Oficiales y tropa formada, con nuestra gloriosa bandera nacional al frente, rodeados como están aquí por el afecto popular y el respeto, la admiración y los aplausos nuestros.

Seguiremos así, pueblo y Ejército Mexicano, unidos por el destino patrio, para defender la vigencia de nuestras leyes. Convencidos de que un pueblo liberado por las armas de la Revolución, como es México, nunca podrá vivir en la caverna roja, ni en el mausoleo reaccionario, por ser ambos del más puro origen totalitario.

La Revolución Mexicana hecha hoy Gobierno Constitucional, marcó los rumbos de la patria, con la fijeza insobornable de la brújula, por los triunfos brillantes de su Ejército.

He aquí, por qué hago estas consideraciones, reunidos una vez más, en este acto de gratitud, de reconocimiento nacionales bajo la sombra de su más alto caudillo, el fundador que fuera del actual Ejército Mexicano, el heróico General de División don Alvaro Obregón. Reunidos ante él, con el objeto principal de mantener latente el credo de la Revolución Mexicana, que pugna por hacer de nuestro país un pueblo culturalmente más libre, materialmente más próspero, socialmente más justo y moralmente, más generoso.

Al agradecer a ustedes en nombre de la "Asociación Cívica General Alvaro Obregón" su hospitalidad y atención, digámonos adios, o más bien, hasta pronto y dejemos caer, a manera de un postrer homenaje, nuestra

ORACION LAICA

POR

ALVARO OBREGON

Fué un ciudadano armado.
Un invicto caudillo.
Desgajó la epopeya con el único brazo
que le dejó el destino,
por devolver su libertad al pueblo
y hacer de cada obrero un ciudadano
y de cada agrarista un hombre digno.

¡Honor a quien honor merece !
¡Honor eterno a quien salvó del caos
a nuestra Patria, hermanos !

¡Honor al hombre símbolo
por la infame reacción asesinado !
¡Sea contigo por siempre su recuerdo heroico,
valiente pueblo mexicano !

Celaya, Gto., 15 de abril de 1972.

CARLOS DARIO OJEDA.

Señor Lic. don Manuel M. Moreno,
Gobernador Constitucional del Estado de Guanajuato,

Señor Gral. de Div. D.E.M. don Félix Galván López
Comandante de la 16a. Zona Militar y representante del señor
Gral. de Div. D.E.M. don Hermenegildo Cuenca Díaz, Secretario
de la Defensa Nacional,

Señor don Ernesto Balderas Lomelín,
Presidente Municipal de Celaya,

Señor Gral. y Lic. don Aarón Sáenz, y miembros de la Asociación Cívica Alvaro -
Obregón que lo acompañan,

Señores don Jesús Ortiz y don Joel Aguirre, Presidente y Secretario, respectiva---
mente, de la Delegación de la Asociación Cívica Gral. Alvaro Obregón, -
en Celaya,

Sobrevivientes de las Batallas de Celaya,
Amigos Obregonistas de Celaya,
Señoras y señores,
Juventud Dilecta de la ciudad de Celaya que aquí se halla presente:

Agradezco a la "Asociación Cívica General Alvaro Obregón", el alto -
honor que me ha conferido de dirigirme en su nombre al pueblo de México, a fin de
hacerle presentes sus filiales respetos e invariable lealtad, en este día de grata re-
cordación para la patria y para esta benemérita ciudad de Celaya tan profundamente
mexicana, llamada desde antaño La Puerta de Oro del Bajío.

De grata recordación por el glorioso significado que para los destinos -
de la Revolución Mexicana tuvieron todas las batallas libradas en el Bajío por las -
fuerzas al mando del señor General Alvaro Obregón, que tan magistralmente ha des-
crito el señor General don Félix Galván López. Deseo hacer un pequeño paréntesis
al referirme también no solamente a las batallas de Trinidad y León, donde perdió
su brazo el señor General Obregón, por fuego de metralla los días 3 y 5 de junio y
las subsecuentes de Aguascalientes, el 10 de julio del propio año de 1915, que pue-
den considerarse como las más notorias en el triunfo definitivo de la causa del
Constitucionalismo.

Y lo es particularmente a esta Asociación, muy satisfactorio enviar ese saludo desde el mismo sitio de los hechos históricos, por conducto de la ciudadanía guanajuatense, porque al Estado Libre y Soberano de Guanajuato le sobra resplandor histórico para darle realce auténtico de significación patriótica, a esta ceremonia que hoy se realiza en homenaje justificado al invicto -- caudillo mexicano, considerado como el padre de nuestra libertad, en este Siglo.

He aceptado gustoso esta cívica misión, porque en este acto no se trata de pronunciar discurso académico o antología literaria alguna. Se trata de dejar correr el habla sencilla de un hombre común de la Revolución Mexicana. Hombre que, con sus representados, guarda fiel veneración por uno de los más preclaros guías de nuestra nación: el señor General don Alvaro Obregón, quién luchó en grado heróico, por la redención del pueblo mexicano, impulsado por sus fervorosas convicciones liberales, plenas de solidaridad humana. Patriota que hizo posible el régimen constitucional existente y a quien se glorifica, porque entregó sin regateo, por la ventura de los mexicanos: hogar, genio, reposo y vida.

Asistimos con unción ciudadana, a esta solemne ceremonia en memoria del invicto caudillo Obregón, que se efectúa en el sitio preciso en donde el héroe consolidó su épica gloria en el combate efectuado entre las fuerzas de la Revolución Mexicana y los aguerridos contingentes de la muy poderosa División del Norte que, -no obstante provenir de nuestra misma estirpe revolucionaria, - tomó el camino de la disidencia militar y de la desviación política, capitaneada por el con justicia afamado, General Francisco Villa, quien haciendo armas de guerra, desconoció los mandatos del Plan de Guadalupe, que reconocían como

58

Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, al Ilustre Varón de Cuatro Ciénegas, don Venustiano Carranza, Gobernador Constitucional del Estado de Coahuila. Tamaña actitud regresionista, dió origen a esa cruenta y lamentable lucha fratricida que puso en grave peligro la integridad de los ideales de la Revolución Mexicana y la soberanía de México, que estaban en juego. Esa victoria, que hoy celebramos con las más altas voces de nuestra veneración es, la más valiosa y significativa en nuestros anales patrios, porque ella logró incorporar a México, para siempre, a la vida del mundo civilizado, libre y democrático. A la sombra de este inolvidable campo de batalla, venimos a reiterar ante el prócer desaparecido, nuestro juramento permanente de respetar nuestra Constitución Política de 1917, en la que el General Obregón fue vital en su formación y destino. Estamos prontos a defenderla contra cualquier desviacionismo o atentado de fuerza que pretendieran los enemigos de México.

Muy lejos estamos de haber llegado a Celaya a practicar ante las tumbas de los valientes soldados que al mando del General Obregón cayeron en esta ciudad, igual que en toda la República defendiendo la Revolución Constitucionalista, jefaturada por el egregio Primer Jefe del Ejército Constitucionalista ni hemos llegado repito, a practicar el culto estatuario de la personalidad esculpida, como lo practicaban los pueblos en la antigüedad. Venimos a rendir homenaje a su noble espíritu, que forjó con luces de excepción, la obra renovadora de México, obra que realizó con obsesión de apóstol y empeño de soldado. Atraídos como siempre por su patriótica dimensión espiritual, estamos aquí. No venimos a tomar conciencia política a estas alturas. Estamos aquí para engrandecerla con el efluvio directo de lo que lo hizo grande entre los grandes

de México. Ese elemento superior que el sabio Echeler califica como producto de los valores de situación del alma, esos que impulsan sobre cualquiera - - otra tendencia, la misión específica de cada individuo. Valores espirituales - que dan a los predestinados ese carácter único que hacen que el hombre se sienta impulsado con el desinterés de servir al hombre. Valores que se pudieran también llamarse de distinción en la especie, porque permiten distinguir y aceptar como maestros, jefes o guías, a los hombres de bien publicamente.

Venimos por ello, a sumergir nuestra alma en las aguas lustrales del recuerdo y a saludar con ustedes, la jerarquía humana de este auténtico valor - nacional y a puntualizar, basados en la historia, el derecho que tienen el desaparecido General Alvaro Obregón y los patriotas jefes del Constitucionalismo, a vivir de pie, no sólo en las estatuas que la gratitud nacional les ha levantado, sino también, a vivir en sitio preferente en el apasionado pensamiento y el noble corazón de las nuevas generaciones mexicanas.

Los admiradores del General Obregón, -no estorba repetirlo-, somos un grupo de mexicanos, extendidos en la patria, dedicados a preservar esa gloria y cabe asegurar, públicamente, que no buscamos en estas reuniones nacionales, conveniencias personales de ningún orden. No venimos a hacer sonar sobre las tumbas de los caídos en la lucha, clarines o atabales de reclamo, porque nuestros pasados sueños juveniles fueron, desde entonces, muy largamente recompensados, con el óptimo honor de recibir en custodia, como un tesoro espiritual incalculable, las nobles enseñanzas que nos legara el General Alvaro Obregón y los hombres que con él hicieron triunfar a la Revolución y estar siempre prontos a defender a nuestra Patria.

Ya extinta la pasión política para bien de la nación, los sobrevivientes constitucionalistas, encabezados por la Asociación Cívica General Alvaro Obregón, hemos venido a Celaya a tratar de consolidar, en la mejor forma, la unidad nacional existente. Por eso, con el mayor respeto, llegamos aquí a inclinarnos ante las tumbas de los valientes mexicanos, -sin distinción de credos ni de bandos-, que sucumbieron en la lucha que hubo de ser resuelta militarmente, en Celaya y en todas las que libró con tanto éxito el Ejército Constitucionalista para imponer su triunfo definitivamente. Porque fue de este campo ensangrentado, de donde surgió triunfante la Revolución Mexicana, que ha sido, indiscutiblemente, la efectiva redentora del pueblo. Porque de este campo surgió el resplandor de gloria que la ilumina históricamente. Nuestros afanes vienen a remover los fuegos del vivac revolucionario encendido en las noches de guerra de Celaya, porque este fuego será eterno en el tiempo. Favesas inextintas siguen ardiendo en eclosión viviente, en la lámpara votiva que nuestro pueblo mantiene en memoria de sus héroes caídos.

La historia determina que el heroísmo es la capacidad física y moral de enfrentarse a lo inusitado. Sobre esta apreciación filosófica, el prominente científico francés Alexis Carrel dijo, en cierta ocasión, que al género humano lo han llevado a cuestras unos cuantos héroes y que si nos hallamos hoy en el mundo, ha sido gracias a la entereza con que algunos de nuestros antepasados supieron -en momentos de prueba-, llevar el valor más allá del simple cumplimiento del deber y mostrar sobresaliente pasión o heroica constancia.

La accidentada historia de México prueba esa doctrina. Nosotros -somos ahora libres y vivimos en una nación independiente, gracias a los esforzados patriotas mexicanos que, en su tiempo, defendieron con excepcional - -

valor y pasión nuestro destino. Heróicos han sido, indiscutiblemente, todos aquellos que han luchado valientemente por servir a México. Pero en ellos, sólo figuran, con relieve especial, los predestinados que lograron personificar la dimensión exacta de la patria. Ellos son nuestros héroes representativos. La gratitud nacional los mantiene encumbrados ante el pueblo como símbolos permanentes, puesto que su ejemplo subsiste y marca el camino de nuestros pasos ciudadanos. Porque ellos brillaron a la altura que la dignidad nacional exigía para responder al reto en los momentos estelares que hubieron de enfrentar por causa nuestra. Podríamos decir en favor de todos y cada uno de ellos, cosas muy laudatorias y merecidas, pero nos abstenemos obligados por las obvias razones de un tiempo limitado.

Por tener el derecho a ser una nación independiente y soberana murieron heroicamente Cuitlahuac, el primero de la raza, que venció a los españoles defendiendo la batalla que la historia registra como la célebre del Arbol de la Noche Triste en donde se vió llorar por primera vez a Hernán Cortés. Cuauhtémoc, 45 días encerrado en el sitio, el más macabro y tenebroso de la Historia de México. Y luego Hidalgo y Morelos, por citar tan sólo a los más destacados de los precursores sagrados y eternos símbolos de nuestra mexicanidad. Hasta que después de ellos, en el horizonte de México surgió la figura del héroe epónimo: don Benito Juárez, el de mayor dimensión entre los héroes nuestros. El liberal de bronce. Luz perpetua de la redención nacional, quien con su resuelta decisión chinaca venció a los enemigos y hasta a la misma adversidad que azotó a la patria. Juárez es el gran constructor de nuestra nacionalidad. Es una de las personalidades políticas más representativas y sobresalientes de nuestra historia, que traspuso fronteras y fué reverenciado. Representa al hombre de las leyes. Sus raíces indígenas trajeron a su alma introvertida, las savias telúri-

cas del México ancestral. Encarnó como nadie, con majestad y prestancia, al dueño de la tierra sojuzgada. Y así, como cuando en las coloniales carrozas de la iglesia era conducida, con profunda devoción, la Custodia Sagrada que llevaba el Espíritu del Redentor, así Juárez, envuelto en su polvosa capa y su ritual chistera, llevaba en su negro carruaje de campaña, la ley en lo alto, como el más respetable símbolo humano. Y así, con reciedumbre inflexible venció en guerra desigual y sin cuartel, a los invasores franceses, rapaces y malvados sin hipérbolo, y a los reaccionarios traidores mexicanos, sus cómplices de infamias. Porque el indómito zapoteca logró imponer en el alma del mexicano una fé rotunda en los grandes destinos nacionales. Con esa fé indómita, venció a Maximiliano, el rubio y desgraciado archiduque barbado. Y al fusilarlo, no cometió un crimen proditorio, como dijeron los despechados. Porque en la vindicta pública no fusilaba a un ser humano, fusilaba un concepto totalitario imperialista, que pretendía conquistar a los pueblos de América, con rapiña de audaces acciones criminales.

Por esa inenarrable y conjunta epopeya, arrancada a la gloria en lucha desigual, este año ha sido consagrado, en justicia, a exaltar el recuerdo inmortal del más grande de todos los mexicanos: el Benemérito de América, don Benito Juárez. Y es por eso, que, guiados por el espíritu del Alvaro Obregón, -quien lo tuvo siempre como guía y mentor de la Revolución Mexicana-, venimos como revolucionarios a rendir pleitesía, la más emotiva, al impassible indio estóico -nacido en Guelatao-, humilde y obscuro pueblo de la sierra oaxaqueña-, quien fuera recogido, a su muerte, en auroras de luz por nuestra patria, el 18 de julio de 1872, en el Palacio Nacional de México. Muerte que hoy, con doble pesar recordamos.

La indignación por el proditorio asesinato del Apóstol Madero y del Vice-Presidente Pino Suárez, se hizo incontenible y el pueblo se alzó en armas para vengar la afrenta nacional. Esta vez lo encabezaba otro gran mexicano, el

resuelto, tozudo y justiciero Venustiano Carranza, quien dió un enérgico impulso a la **Revolución**. Luchó este ínclito varón con incontenible valor. Semejaba en su acción un Moisés airado, que llevaba como bandera el Plan de Guadalupe, y lo hizo triunfar hasta ver realizada su implantación. Su férrea decisión durante la lucha revolucionaria, fué irreductible. Esa labor valiente hubiera sido imposible llevarla al cabo, de no haber contado don Venustiano con la rectitud y el genio militar del General Obregón. Obregón inalterablemente fué fiel a los principios de la **Revolución**. Nos basta con recordar lo que dijo, en horas de sinceridad extrema, "Mutíense los hombres, pero no los principios".

Fue fiel al Primer Jefe don Venustiano Carranza, a quien sostuvo con sus triunfos militares. Fiel a la causa del pueblo. Fiel a la grandeza de la nación. Mostró sus convicciones al lograr el triunfo del pueblo. Obregón renunció al rango que tenía patrióticamente ganados. Regresó a labrar sus tierras de Sonora, como un simple agricultor.

Hemos traído a la memoria de los mexicanos estas páginas conocidas de nuestra historia, que por su grandeza son inolvidables. Lo hacemos con el propósito de servir a los Intereses permanentes de México, tratando de mover el buen juicio en las jóvenes conciencias mexicanas. Porque perteneciendo nosotros al grupo de los ciudadanos armados que luchó por la dignidad y grandeza de la **Revolución Mexicana**, creemos estar en condiciones de poder establecer crédito moral suficiente en la conciencia pública, para ser escuchados sin prejuicios ni reservas, en nuestra obligación de informar a las nuevas generaciones del país acerca del comportamiento noble y heróico de nuestros grandes hombres, basados en los hechos históricos y sus causas, por ser irrefutables.

Por esta razón debemos presentar a ustedes algo de lo mucho que supondremos el caudillo de la Revolución triunfante al cumplir con sabiduría y valor supremo, la parte que le asignó el destino para lograr las libertades públicas que hoy disfrutamos en esta patria igualitaria y democrática, que marcha sin estridencias demagógicas, pero resueltamente, a la conquista de una meta suprema: la justicia social. A cuyo alcance viene México, -en el cumplimiento de sus principios revolucionarios-, avanzando progresivamente por los tramos que las realidades del mundo le hacen posible. México no es una nación inmóvil. Se esfuerza por superarse, lo que es palpable si observamos su ya intensa actividad cotidiana. Busca llegar cuanto antes a su integración total, tomando como base la confianza que le brinda el pueblo mexicano, que ha logrado mantener la venturosa paz existente por el respeto que se observa por el derecho ajeno. Para lo que confía en que sigamos unidos, -cada quién en su credo-, pero en la obediencia a las leyes de convivencia y de justicia que emanan de nuestra Constitución Política de 1917.

Continuando en nuestra acción biográfica, digamos que la importancia que tuvo el General Alvaro Obregón en los destinos de México, -como hemos dicho-, es absoluta. La referida batalla del 15 de abril de 1915 que tuvo lugar aquí en Celaya, como hemos dicho, está considerada en nuestra historia, por sus notables efectos sociales y económicos, como definitiva para nuestro desarrollo nacional, porque en ella se dió muerte violenta y para siempre, al intolerable sistema virreinal heredado de la Colonia, que aún estaba en pleno vigor reaccionario bajo la secuela porfirista muy arraigada.

Fué Obregón el más notable de los generales agraristas surgidos del

movimiento emancipador de México. Era hombre que sentía en carne viva los sufrimientos de la gente del campo y se afanaba en resolver su triste situación. Comprendía el justo anhelo de los campesinos, de poseer un pedazo de tierra para cultivarla en su propio provecho.

Por haber convivido él con aquellos explotadores feudales de las haciendas, se hizo portavoz calificado de todos los medios que favorecían a los campesinos y a la peonada. Se entusiasmó con la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 y con esa mentalidad fué el primero en dictar, en plena campaña, decretos sobre el salario mínimo y la jornada de 8 horas, e influyó en el Congreso Constituyente para que expidiera con todo vigor el Artículo 27, que no figuraba en el proyecto original y cuando llegó a la Primera Magistratura del país, puso en práctica las Leyes Agrarias. Restituyó la tierra a los pueblos despojados y dotó de parcelas a los campesinos que carecían de tierras de labor. Siendo Presidente, expidió el Decreto de Tierras Ociosas, por el que se autorizaba que los campesinos que carecieran de ellas, las ocuparan para que no permanecieran inactivas. Sus preocupaciones por la Reforma Agraria las tuvo desde Huatabampo, cuando allá fué pequeño agricultor que tenía que entregar la mitad de sus cosechas al dueño de la tierra. Su interés por resolver los problemas obreros le venía de la época en que fue tornero en el taller mecánico del ingenio de Navolato, Sin., donde se dió cuenta de las tremendas injusticias que se comentían a los trabajadores.

En Querétaro triunfaron los diputados de izquierda que se llamaron radicales, jacobinos u obregonistas y que formaron la mayoría sobre las derechas moderadas que integraron un pequeño grupo sin alcance de significación. A decir de las fuentes transcritas, esa es la verdad histórica expuesta en los

debates del Constituyente. La nación reconoce en cambio, en acto justiciero, que la mayor gloria en la realización del Congreso Constituyente corresponde a Carranza, porque él inició y puso en marcha aquella magna Asamblea. Don Venustiano Carranza se engrandeció todavía más, porque no obstante que sus ideas no pasaron a formar parte básica de la Constitución, el ilustre prócer se apresuró a promulgarla sin ningún reparo el 5 de febrero de 1917, acatando con ello la voluntad popular, de la que él era depositario. Su grandeza de irreductible luchador lo hace perenne en la historia de la patria.

Durante la celebración del Congreso Constituyente de Querétaro, la presencia del General Obregón en esa histórica ciudad, sirvió de aliento y apoyo a las mayorías radicales que introdujeron en la Carta Magna las reformas de mayor trascendencia en los artículos fundamentales: 30., 27, 115, 123 y 130. De ahí surgieron la Ley Agraria y la Ley del Trabajo, que han sido los principales bahuartes del adelanto social de los campesinos y de los obreros de México. Obregón fomentó con mucho entusiasmo la organización de los trabajadores de la ciudad. En su tiempo prosperaron los sindicatos. Fue además, un decidido impulsor de la educación popular, y construyó numerosas escuelas y fomentó con empeño la enseñanza rural. El General Alvaro Obregón se preocupó, con exaltado patriotismo durante su vida política, por todos los problemas que afectaban al pueblo mexicano. Cuando el General Obregón dejó el poder, sin pedir nada, se fue a establecer a Cajeme -hoy Ciudad Obregón-, no obstante la indiscutible jefatura moral que ejercía sobre el pueblo, reanudando como un simple ciudadano, las tareas del campo que había abandonado por marchar con el pueblo a la Revolución.

El juez que hoy pudiera llamar a juicio histórico a Alvaro Obregón,

no encontraría en él al político gesticulante que declamó promesas disolventes en fuego de artificio, sino al hombre resuelto y valeroso que demostró con el fuego de los fusiles proletarios las hjanas razones del hambre y la justicia imposterables. El asesinato alevoso del General Obregón, perpetrado por clericales del conservatismo nacional, con el fin de acabar con el movimiento vindicativo de la Revolución Mexicana, sumió momentáneamente a la patria en un estupefacto silencio inesperado, que se fue transformando en reflexión social, que pudo precisar con mayor fuerza las notorias carencias del pueblo. Ese silencio se ha transformado hoy día en un gran grito de alerta para estar prontos a la defensa de los principios de la Revolución, amenazados ya públicamente por los importadores de la miseria nacional.

El General Obregón está presente en nuestra historia, en unión de Carranza, como la base misma de la Revolución. De ser su brújula que impedirá cualquier desvío. Podría afirmarse ya, por los resultados, que él es la historia misma de la Revolución y del progreso actual de México. He ahí nuestro interés en perpetuarlo.

Fue tan grande la fuerza de su pensamiento humanista en los destinos patrios, que su solo prestigio hizo posible la presencia en la Presidencia de la República, de valores tan eminentes como Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas, cuya obra emérita resalta en nuestra historia con rasgos de excepción. Desinterés, patriotismo y resolución, fueron el clima portentoso de esa gran época que la nación jamás olvidará.

He traído al conocimiento de las nuevas generaciones una breve sinopsis de la historia del caudillo humanista Alvaro Obregón, para invitarlas a meditar

serenamente sobre los hombres y los sucesos trascendentales del país, que les atañe conocer como mexicanos jóvenes que son, para evitarles, si luchan en verdad para el pueblo, caer en revisionismos estériles que los conducirían a conflictos insalvables por ignorar las causas anteriores de los grandes sucesos nacionales. Queremos hacérselos notar, por amor a lo nuestro. Porque para nosotros no hay nada más noble que la juventud de México, especialmente la estudiosa. Los hombres que hicieron la Revolución, deben sentirse satisfechos por haberle dado a la nación dos columnas maravillosas definitivas que actualmente sostienen la recia estructura de la patria. Puesto que los soldados revolucionarios, consolidado el triunfo de Celaya, formaron el pie veterano del actual glorioso Ejército Mexicano, cuya lealtad ha sido absoluta para las instituciones que nos rigen y la bandera que nos guía.

A la muerte del General Obregón, a iniciativa del expresidente General Plutarco Elías Calles, fué fundado el Partido Nacional Revolucionario, -que hoy ostenta el nombre del Partido Revolucionario Institucional-, un fuerte partido político hecho para mantener y perfeccionar nuestra convivencia democrática y nuestras instituciones revolucionarias; hecho para oír las opiniones de todos los mexicanos y estudiar en sus aulas políticas todo pensamiento humano y para mantener en vigor, sin titubeos, los derechos del hombre; para consolidar la paz nacional y el ejercicio de la libertad, dentro de una justicia con pan, y un trabajo sin esclavitud, ni sobresalto; para continuar la vida ascendente de México, porque consideramos que las conquistas de la Revolución no son una trinchera, sino un camino de perfeccionamiento permanente. Es innegable que hasta que se creó el Ejército Mexicano, con hombres de la Revolución y hasta que nació el "Partido Nacional Revolucionario" patriótico, enérgico y discipli-

nado, hubo paz institucional en la República y libertad verdadera en el ámbito nacional. Si esa juventud conflictiva que antes hemos mencionado, tiene en verdad el deseo de discutir ponencias especiales, allí en el P.R.I., tienen el palenque, está su tribuna libre para presentar estudios libremente con todos sus credos. Allí se expresa el principio del entendimiento que nos permitirá seguir unidos y fuertes ante las pruebas que a la Nación depare el destino.

La experiencia nos ha hecho saber que en las épocas tempestuosas, lo difícil no es cumplir con el deber, sino saber en dónde está el deber. Y hoy, ante la incertidumbre verdadera de la hora de enfrente y en defensa de las instituciones públicas, no dudamos que nuestro deber está, señores, en torno al Presidente de la República, Lic. Luis Echeverría, Estadista que levanta el escudo y coordina la acción en defensa de los intereses del pueblo de México. En consecuencia, declaramos sin ambages ni aspavientos políticos nuestra adhesión entusiasta al Presidente de la República, porque él representa la ley, el orden y el espíritu revolucionario que impulsa nuestra nación. Y porque además, sabemos que el pueblo nada tiene qué objetarle, sino que, por el contrario, le da su decidido apoyo, viendo su entrega total al servicio del país. Porque se le mira cruzar incansable por los caminos de la patria, en operaciones de servicio público y porque nos conforta, especialmente como revolucionarios, verlo en el ejercicio de la soberanía nacional, iniciar en todas las regiones del mundo, la liberación económica de México que, hasta la fecha, ha figurado como un mercado cautivo en el que siempre se han reflejado injustamente, las perturbaciones de las finanzas ajenas. Reiteramos que si el Licenciado Luis Echeverría, preserva, como lo hace con entusiasmo sincero, la obra de la Revolución Mexicana, llevada al logro por nuestro Jefe el General Obregón, toca a nosotros, los hombres de la

Revolución, venir a esta tribuna levantada en honor de su guía espiritual, a tributar por mi modesta voz, un voto de reconocimiento público por la fructífera labor realizada en esaso año y medio de gobierno, basándose para ello y para hacerlo, en las viejas razones revolucionarias de la equidad social.

Invito al pueblo de México y a todos los revolucionarios a que hagamos un acto de comunión patriótica entre todos y, a manera de un lazo indisoluble, formulemos votos por la eterna ventura de México, ante las amenazas que soslaya el momento. Porque la paz sea inalterable. Por nuestros héroes nacionales y, con particular y preeminente deseo, por esos dos próceres de la patria: Obregón a quien estamos rememorando en esta ceremonia, en el aniversario de las batallas de Celaya y que a su vez el próximo 17 de julio será recordado el aniversario de su muerte. Y a don Benito Juárez, en el Año de Juárez, la epónima figura que llena todas las almas, porque nadie es ajeno a su presencia y cuyo centenario de su muerte se conmemorará el próximo 18 de julio.

Antes de terminar, considero necesario hacer énfasis en un aspecto importante que se desprende de esta ceremonia cívica organizada en memoria del señor General don Alvaro Obregón, analizando al respecto sus valiosos componentes, para rendirles nuestra gratitud. El simple hecho de celebrarla, cobra un meritorio concepto pedagógico ante el pueblo mexicano, puesto que siendo en estas patrióticas reuniones en donde se ofrecen a la virtud cívica y al honor militar, las mejores recompensas del afecto popular, se demuestra que en ellas se encuentran siempre los hombres fieles al destino de la patria y, por lo tanto, sus más leales servidores. Con esta clase de hombres México sabrá defender, en su caso, 20 siglos de civilización, contra unos cuantos minutos de audacia internacional, que predicán su destrucción.

Hago notar, con verdadero interés, que la civilización a que aludo no se limita solamente a la formada por la Ciencia, el Arte, el Humanismo, la Tecnología, las Religiones. Incluyó en esta a la nueva y complementaria civilización surgida en este siglo: la civilización militar, que actualmente ofrece como base de sustentación, la utilización de la fuerza que representa, en su aspecto constructivo, poniéndola al servicio de la comunidad humana. La que preserva científica y moralmente las libertades. La que hace respetar las leyes, manteniéndose fiel a la Constitución dentro de un orden social armónico y libre como el nuestro. La civilización militar nueva, la nuestra, la mexicana, la democrática que no forma ni formará una casta, porque pertenece a la patria, y la complementa; la que proviene del más puro origen revolucionario, lleno de pundonor y ajena a los predomios cuartelarios de los viejos ejércitos de leva. La que tiene como base de su cultura y actuación estudios especiales en todas las ramas humanas y la disciplina; el uso legal de la fuerza confiada a su honor militar; el deber; la fraternidad y la lealtad a las instituciones que fundamentan nuestra nacionalidad, de la que ha llegado a ser factor importantísimo en el desarrollo nacional. Por esta razón se justifica que estén presentes en esta ceremonia patriótica con especial brillantez, en su representación del glorioso Ejército Mexicano un prominente grupo de señores Generales, Jefes, Oficiales y tropa formada, con nuestra gloriosa bandera nacional al frente, y se ven rodeados, como están aquí, por el afecto popular, el respeto social la admisión y los aplausos de la ciudadanía.

Seguiremos por lo tanto unidos por el destino patrio, pueblo y Ejército Mexicano para defender la existencia de la patria, convencidos de que un pueblo liberado por las armas de la Revolución, como es México, nunca podrá vivir en la

caverna roja, ni en el mausoleo, reaccionario, por ser ambos del más puro origen totalitario.

La Revolución Mexicana hecha hoy Gobierno Constitucional, marcó los rumbos de la patria, con la fijeza insobornable de la brújula, por los triunfos brillantez de su Ejército.

He aquí, por qué hago estas consideraciones, reunidos una vez más en este acto de gratitud, de reconocimiento nacional bajo la sombra de su más alto caudillo, el fundador que fuera del actual Ejército Mexicano, el heroico General de División don Alvaro Obregón. Reunidos ante él, con el objeto principal de mantener vigente el credo de la Revolución Mexicana, que consiste en hacer de nuestro país un pueblo culturalmente más libre, materialmente más próspero, socialmente más justo y moralmente, más generoso.

Al agradecer a ustedes en nombre de la "Asociación Cívica General - Alvaro Obregón" su hospitalidad y atención, digámonos adios, o más bien, hasta pronto y dejemos caer, a manera de último homenaje, nuestro

ORACION LAICA

POR

ALVARO OBREGON

Fué un ciudadano armado.
Un invicto caudillo.
Desgajó la epopeya con el único brazo
que le dejó el destino,
por devolver su libertad al pueblo
y hacer de cada obrero un ciudadano
y de cada agrarista un hombre digno.

¡Honor a quien honor merece!
¡Honor eterno a quien salvó del caos
a nuestra Patria, hermanos!

**¡Honor al hombre símbolo
por la infame reacción asesinado!
¡Sea contigo por siempre su recuerdo heroico,
valiente pueblo mexicano!**

Celaya, Gto., 15 de abril de 1972.

CARLOS DARIO OJEDA.